

BOX LIBROS BALBUENA

PUNTO

ROJO

EL SADICO DE BALTIMORE

Joseph Berna



COLECCION

PUNTO ROJO



JOSEPH BERNA

EL SADICO DE BALTIMORE

Colección **PUNTO ROJO** n.º 861
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 26.156 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: octubre, 1978

© Joseph Berna - 1978

texto

© Miguel García - 1978

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1978

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.444 —¡Muerto a estribor!

En Colección KANSAS:

843 —La elección de Miss Oklahoma.

En Colección COLORADO:

841 —Un osado californiano.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

363 —La bella Zulema.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

273 —La bella y el cazador.

En Colección PUNTO ROJO:

850 —La diana de la muerte.

CAPÍTULO PRIMERO

Roger Lewis despegó lentamente los párpados y sus ojos quedaron, durante unos segundos, fijos en el techo de la habitación, la cual se hallaba en penumbra.

Se desperezó en la cama.

Al hacerlo, le dio un golpe en la cabeza a Priscilla Crawford con el brazo derecho.

Priscilla era una pelirroja de formas muy estimables.

No se despertó a causa del golpe propinado involuntariamente por su compañero de cama, tan sólo emitió un débil ronroneo.

Roger miró su reloj.

Masculló una imprecación por lo bajo, al ver que eran las nueve y cuarto de la mañana.

Inmediatamente saltó de la cama.

Roger Lewis era un tipo alto, de músculos duros y elásticos, hombros separados, cintura estrecha, cabello oscuro, facciones rudas, pero simpáticas. Contaba treinta años de edad.

Mientras se vestía, observó a Priscilla.

La pelirroja, que frisaba en los veinticinco años de edad, dormía boca abajo y la espesa mata de rojos cabellos, sedosos y brillantes, le caía sobre la cara.

La sábana sólo la cubría hasta la rabadilla, dejando visible su desnuda espalda, la suave curva de sus caderas y el nacimiento de lo que utilizamos para sentarnos.

Tenía dos hoyuelos en la parte inferior de la región lumbar, graciosamente profundos.

Roger salió del dormitorio de Priscilla y se introdujo en el cuarto de baño, de donde salía poco después, ablucionado y peinado.

Regresó a la habitación de la pelirroja, cogió su chaqueta y se la puso. Como no le parecía correcto abandonar el apartamento de la chica sin despedirse de ella, se acercó a la cama, se inclinó y le hizo

cosquillas en uno de los hoyuelos de la región renal.

Ella se estremeció visiblemente y emitió otro ronroneo.

—Priscilla... —llamó Roger.

La pelirroja se dio la vuelta perezosamente, sin abrir los ojos.

Roger se apresuró a subirle la sábana hasta muy cerca del cuello, porque la visión era demasiado tentadora y él no tenía tiempo para caer en tentaciones.

Ella separó por fin los párpados y le miró extrañamente.

—Roger...

—Buenos días, Priscilla —le sonrió él.

—¿Qué haces levantado y vestido?

—Tengo que irme.

—¿Adonde?

—A buscar a tu marido.

—¿Mi marido? —Parpadeó Priscilla, como si no comprendiera.

—¿Acaso has olvidado ya que ayer tarde me contrataste para eso precisamente?

La pelirroja sonrió atrevidamente.

—¿Sabes una cosa, Roger?

—¿Qué?

—He cambiado de parecer.

Roger Lewis frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Que ya no tengo ningún interés en conocer el paradero de mi marido. No me importa que me haya dejado por otra mujer de pechos más opulentos y caderas más amplias.

—¿Estás segura?

Priscilla asintió con la cabeza.

—Absolutamente. Tú eres más alto, más apuesto, y más simpático que él. Te prefiero a ti, Roger —dijo, cercando con sus desnudos brazos el cuello del investigador privado.

—Priscilla.

—Estoy enamorada de ti, Roger.

—No te creo.

—Te juro que es verdad.

—Pero, si nos conocimos ayer tarde.

—¿Y qué?

—Es muy poco tiempo para enamorarse, Priscilla.

—Bueno, eso depende de lo que se haya hecho en ese tiempo. Y nosotros hemos hecho muchas cosas. Que lo hemos aprovechado bien, quiero decir.

—Priscilla.

—¿Por qué no me besas, Roger? —sugirió la pelirroja, entreabriendo los labios de forma incitante.

—Es tarde.

—¿Para qué es tarde?

—Tengo que empezar a trabajar.

—Ya no tienes que buscar al cerdo de mi esposo, Roger.

—Tengo otros dos casos entre manos, Priscilla.

—¿Y no es más agradable tenerme a mí? —repuso maliciosamente ella, asomando la punta de la lengua por entre los dientes.

—Sin duda, pero el trabajo es el trabajo.

—A la porra el trabajo.

—Ya me gustaría poder mandarlo, no creas —sonrió Roger—. Pero no paso de renta, Priscilla.

—¿Y no pueden esperar un poco esos dos casos?

—No, no pueden esperar.

—Qué pena.

—Yo también lo siento, Priscilla.

—¿Volverás esta noche, Roger?

—No lo sé. Depende de mi trabajo.

—Otra vez el trabajo —rezongó la pelirroja—. Procura venir, Roger. Lo pasaremos estupendamente, te lo prometo.

—Haré lo posible.

—¡Eh!, no te vayas sin darme un beso —exclamó Priscilla, irguiéndose bruscamente.

Tan bruscamente, que la sábana cayó de golpe sobre su regazo.

La pelirroja no hizo nada por cubrirse.

Roger Lewis contempló un instante los hermosos senos de su ya excliente.

—Si no te cubres con la sábana, no hay beso —advirtió. Priscilla Crawford sonrió embaucadoramente.

—¿Temes no poder resistir la tentación, Roger?

—Me sería muy difícil, lo reconozco, pero podría.

—Demuéstramelo.

—No tengo tiempo para demostraciones —dijo el investigador, dando media vuelta y caminando hacia la puerta.

—¡Roger!

—Hasta la vista, Priscilla.

—¡Que ya me he tapado con la sábana!

—Mejor. Así no corres peligro de resfriarte.

—¡Roger, por favor! —suplicó la pelirroja, quien, en efecto, se había cubierto el pecho con la sábana.

Roger Lewis salió de la habitación, sin volverse en ningún momento.

Priscilla Crawford oyó sus pasos, alejándose.

—¡Roger! —llamó de nuevo.

El investigador no se detuvo.

Priscilla oyó la puerta del apartamento.

Abrirse y cerrarse.

Ya no había nada que hacer.

Roger Lewis se había marchado.

Priscilla, furiosa consigo misma por no haber sabido retenerle al menos una hora más, se dejó caer de espaldas con brusquedad y mordió la sábana con rabia.

Maldijo con el pensamiento al investigador.

Pero en seguida se arrepintió.

Incluso sonrió.

Roger...

Qué bien lo había pasado con él.

Tan fuerte, tan vigoroso, tan experto con las mujeres... Un hombre de verdad.

Priscilla exhaló un hondo suspiro al recordar los momentos de placer vividos junto al investigador.

—¡Ay!, ojalá vuelva esta noche —exclamó en voz alta, y apartando la sábana, saltó de la cama, sin nada encima.

Atrapó su bata y se la puso, saliendo a continuación del dormitorio, descalza.

Fue directamente al cuarto de baño.

Dudó entre darse un baño o utilizar la ducha.

Se decidió por lo primero, así que abrió los grifos.

Mientras la bañera se llenaba, Priscilla fue a la cocina y preparó café.

Cuando regresó al cuarto de baño, la bañera ya estaba casi llena. Priscilla cerró los grifos y tocó el agua.

Como le pareció que tenía la temperatura adecuada, se despojó de la bata y se metió en la bañera.

Había dejado la puerta entornada, para poder oír el timbre del apartamento, si sonaba.

De pronto, percibió un ruido.

Leve, pero perfectamente audible.

Priscilla se envaró.

—¿Quién anda ahí? —preguntó.

Nadie le respondió.

Priscilla permaneció quieta, la respiración contenida.

Esperando que se produjera un nuevo ruido.

Pero fueron pasando los segundos y su fino oído no detectaba ningún ruido más.

Finalmente, y pensando que tal vez su oído la había engañado, Priscilla prosiguió con el baño.

Apenas un par de minutos después, escuchó un segundo ruido.

Menos leve que la vez anterior, por lo que la joven ya no dudó de su oído.

Había alguien en su apartamento.

—¿Quién anda ahí? —preguntó de nuevo, empezando a sentir miedo.

Tampoco esta vez obtuvo respuesta.

—¿Eres tú, Bud?

Así se llamaba su marido, Bud Crawford.

En vista de que no había respuesta para ninguna de sus preguntas, Priscilla salió de la bañera, se enfundó la bata, y salió del cuarto de baño.

No vio a nadie.

De pronto, alguien la llamó:

—Priscilla...

Era una voz de hombre.

Rara.

Impersonal.

Como disfrazada a propósito.

A Priscilla le pareció que procedía de su dormitorio.

Pensó de nuevo en Bud, su marido.

También en Roger Lewis, el investigador.

Sólo podía ser uno de los dos.

Decidida a salir de dudas, caminó hacia la habitación, cuya puerta permanecía abierta, tal y como ella la dejara al salir.

El dormitorio continuaba en penumbra.

Priscilla entró en él.

Tampoco vio a nadie allí.

La pelirroja alargó la mano hacia el interruptor de la luz.

No llegó a accionarlo.

Una mano de acero, protegida por un guante negro, de piel, le sujetó el brazo.

Priscilla, aterrada, quiso gritar, pero otra mano, igualmente férrea y cubierta por un guante negro, le cubrió la boca.

La joven se debatió furiosamente, pero el hombre, cuya cara no podía ver, pues él la había atacado por detrás, poseía la fuerza de un energúmeno, y le resultaba sumamente sencillo sujetarla.

—Quieta, o me veré obligado a hacerte daño —advirtió el tipo, con su extraña voz.

Daba la impresión de que hablaba a través de un pañuelo.

Priscilla Crawford, convencida de que sería inútil seguir forcejeando, dada la extraordinaria fortaleza del individuo, se relajó.

—Así me gusta, preciosa —dijo el tipo—. Ahora, fíjate bien lo que voy a decirte. Llevo un cuchillo en el cinturón. Largo y de ancha hoja. No quisiera tener que utilizarlo contigo. Voy a soltarte. Si gritas, intentas escapar, o golpearme, sacaré el cuchillo y te coseré a cuchilladas. Espero que no me obligues a ello.

El individuo retiró primero su enguantada mano de la boca de la muchacha y luego la soltó.

Priscilla quedó muy quieta, sin atreverse a volverse.

—¿Quién... quién es usted? —preguntó, con temblorosa voz.

—Mi nombre no te diría nada. No me conoces.

—Pero usted sí me conoce a mí.

—Así es.

Priscilla hizo ademán de volverse, pero el tipo la sujetó por los hombros.

—No te vuelvas.

—¿Por qué? Si no le conozco.

—Ése será tu seguro de vida. Si me vieras la cara, no tendría más remedio que matarte. Y ya te he dicho que no me gustaría hacerlo.

—¿Qué... qué es lo que quiere?

—Pasarlo tan bien contigo como lo pasó el tipo que salió de aquí hace un rato.

Priscilla se estremeció.

—¿Desea abusar de mí?

—Abusar, no; divertirme.

—Cuando la diversión se obtiene por la fuerza, es un abuso.

—No quiero discutir contigo. Sólo recordarte, una vez más, que si no me creas problemas, saldrás con bien de esto. Si me los creas, no podrás contarlos.

Priscilla Crawford, que deseaba seguir viviendo, al precio que fuera, murmuró:

—No ofreceré resistencia.

—Mucho mejor para los dos.

Priscilla vio que las manos del tipo aparecían por sus costados.

Le soltó el cinturón de la bata y se la quitó, dejándola completamente desnuda. A continuación, el individuo le puso las manos a la espalda y se las sujetó con cinta adhesiva.

Priscilla se alarmó.

—¿Por qué me ata las manos? Ya le he dicho que no voy a ofrecer resistencia.

—Por si acaso cambias de parecer —repuso cínicamente el sujeto, y le cubrió la boca, igualmente con cinta adhesiva.

La joven se alarmó más.

—Ya puedes volverte —indicó el tipo.

Priscilla siguió de espaldas a él.

Le daba miedo volverse, pues recordaba la advertencia del individuo: «Si me vieras la cara, no tendría más remedio que matarte».

—No temas, no me verás la cara. Me he puesto una capucha —hizo saber el desconocido, cuya voz sonaba ahora distinta.

Más clara.

Más natural.

Aun así, Priscilla continuó de espaldas a él.

—¿Qué pasa, te da vergüenza, muñeca? —dijo el tipo,

burlonamente, y soltó una risotada.

Hueca.

Profunda.

Escalofriante.

Impropia de un ser normal.

A Priscilla Crawford se le erizó la piel y sus rodillas flaquearon por primera vez.

El individuo la agarró violentamente por los hombros y la obligó a darse la vuelta.

Priscilla observó al tipo, con ojos desorbitados, dominada por el pánico.

Era alto.

Corpulento.

Vestía pantalones tejanos, azules, y una cazadora negra, abierta, bajo la cual llevaba una camisa roja. Calzaba cómodas zapatillas de deporte.

Su cara, en efecto, estaba cubierta por una capucha de lana.

Sólo quedaban visibles sus ojos, grises y fríos, los orificios de su nariz, y la boca, de labios gruesos.

En el suelo, junto al tipo, descansaba una bolsa de deporte.

Y en el cinto, como él había dicho, llevaba un cuchillo.

Larguísimo.

Treinta centímetros de hoja, por lo menos.

Una hoja ancha y destellante, que ponía los pelos de punta con sólo mirarla.

Priscilla se preguntó si el tipo sería matarife de profesión.

El individuo movió lentamente su mano derecha.

Priscilla pensó que iba a tocarla.

Pero se equivocó.

La mano del sujeto se cerró sobre la empuñadura del terrorífico cuchillo y comenzó a tirar de él.

Sin prisas.

Recreándose en la acción.

Priscilla, aterrorizada, empezó a retroceder.

El tipo extrajo totalmente el cuchillo y avanzó lentamente hacia ella.

La joven tropezó con la cama y cayó sobre ella.

Con las bolas de los ojos a punto de salirse de las cuencas, vio

aproximarse al encapuchado.

Los del tipo brillaban ahora como ascuas.

Y su boca formaba una mueca siniestra.

Priscilla quiso saltar de la cama.

No pudo.

El individuo se arrojó sobre ella como una fiera y la agarró salvajemente del cabello.

Levantó el cuchillo.

Entonces comenzó el horror.

El auténtico y verdadero horror.

CAPÍTULO II

Roger Lewis entró en su oficina.

Se quedó parado, con un pie en alto, al descubrir a la muchacha rubia que se hallaba sentada al otro lado de la mesa de Leslie Howard, su secretaria, quien por cierto no estaba en la oficina.

La chica, de unos veintidós años de edad, preciosos ojos azules, boca tentadora, y pechos erguidos, descaradamente puntiagudos, se estaba zampando un emparedado de jamón con envidiable apetito.

La joven dejó de masticar al ver aparecer al investigador.

—Buenos días, señor Lewis —dijo, con una suave sonrisa en los incitantes labios.

Roger bajó el pie que mantenía en alto, cerró la puerta, e interrogó:

—¿Quién es usted?

—Nancy.

—¿Nancy qué?

—Howard. Nancy Howard.

—¿Howard? —repitió Roger, frunciendo las cejas.

—Sí, soy la hermana de Leslie, su secretaria —explicó la muchacha.

—Hermana de Leslie —murmuró el investigador.

—¿No le ha hablado ella de mí?

—No.

—¿Nunca?

—Nunca.

—Me parece que sé por qué me mantuvo en secreto.

—¿Por qué?

—Para protegerme de usted.

Roger pestañeó.

—¿Protegerla de mí?

—Como tiene usted fama de seductor... —sonrió pícaramente la

joven.

—¿Quién ha dicho eso?

—Leslie.

—Leslie es una embustera.

—Oiga, más respeto con mi hermana.

Roger se acercó a la mesa.

—¿Dónde está Leslie?

—En su casa —respondió Nancy.

—Se supone que a estas horas es aquí donde debe estar.

—Sí, pero no puede.

—¿Por qué no puede?

—Pilló la gripe.

—¿La gripe?

—Sí, la gripe asiática.

—Qué falta de patriotismo —repuso el investigador, irónico.

—¿Por qué dice eso?

—Debió pillar la gripe americana, puesto que nació aquí, en Baltimore, estado de Maryland.

Nancy Howard rió alegremente.

—Qué chiste tan bueno, señor Lewis.

—Me alegro de que le haya gustado. Pero dejémonos de chistes y vayamos al grano.

—Yo póngala pomada.

Roger soltó un gruñido.

—Acabo de decir que nos dejemos de chistes, Nancy.

—Usted hizo uno y yo otro. Estamos empatados. ¿No quiere que desempatemos?

—Ya desempataremos otro día.

—Cuando usted diga.

—Volvamos a lo de antes.

—Volvamos.

—Dijo que Leslie pilló la gripe.

—Sí, la asiática.

—¿Está en la cama?

—Tapadita hasta el cuello.

—¿Y cuánto tiempo estará así?

—¿Tapadita hasta el cuello?

—¡En la cama!

—¡Huy!, no grite usted, hombre, que me asusta.

—Lo siento. Responda a mi pregunta, por favor —rogó Roger.

—El doctor dijo que Leslie deberá guardar cama una semana, por lo menos.

—¿Cuándo lo dijo?

—Anoche, después de reconocerla y diagnosticar su enfermedad.

—Qué raro —rezongó Roger.

—¿Qué es lo que le parece raro? —preguntó Nancy.

—Ayer tarde, Leslie se sentía perfectamente.

—Por la noche, en cambio, se sentía fatal. Por eso me llamó. Y yo, al verla, llamé urgentemente al médico. Tenía mucha fiebre, y unos escalofríos terribles. Con decirle que yo temí que hubiera cogido la fiebre amarilla.

—Qué optimista.

—No sea irónico. Me asusté mucho, de veras. Leslie es la única hermana que tengo, y por un momento pensé que iba a perderla muy pronto —confesó Nancy Howard, y le dio un bocado al emparedado de jamón.

—Que aproveche.

—Gracias. ¿Le apetece uno? —invitó la joven, abriendo el cajón superior de la mesa.

Allí había otros dos emparedados, envueltos en papel de plata, y un termo, que sin duda contenía café.

Roger Lewis subió las cejas, en claro gesto de sorpresa.

—¿Se trajo tres emparedados?

—Cuatro. Éste es el segundo que me como —respondió Nancy.

—¡Qué tragona!

La joven rió.

—Tengo muy buen apetito, sí.

—¿Y no teme engordar?

—Debo tener la solitaria, porque por mucho que coma, siempre peso lo mismo: cincuenta y cinco kilos.

—Perfectamente distribuidos, además —piropeó el investigador, posando la mirada un instante en los firmes y agresivos senos de la joven.

—Y eso que no me ha visto usted en bikini —rió ella, y mordió de nuevo el emparedado.

—Creo que me gustaría.

—¿El qué?

—Verla en bikini.

—Invíteme un día a almorzar en la playa y me verá —sugirió Nancy, coquetamente.

—¿Aceptaría?

—¿Por qué no?

—Como Leslie le dijo que tengo fama de seductor...

—Yo no le tengo miedo.

—Hace mal. Me como crudas a las mujeres —bromeó Roger.

—A mí ya se guardará usted mucho de hincarme el diente, porque de una bofetada se los dejaría flojos.

El investigador sonrió.

—Una chica dura, ¿eh?

—Granito puro.

—Leslie es más blanda que usted. Al menos, con los hombres.

—Así le va con ellos. De mal, claro.

—¿A usted le va mejor?

—Muchísimo mejor. Yo no hago lo que ellos quieren, sino al contrario, son ellos los que hacen lo que yo quiero.

—¿Todos...?

—Absolutamente todos.

—Alguna excepción habrá, Nancy.

—Hasta la fecha, ninguno. Todos han pasado por el aro. Como los leones de los circos, cuando el domador se lo ordena.

—Vamos, que es usted una domadora de primera.

—Sí, no hay fiera que se me resista.

Roger Lewis rió por primera vez.

—Me gusta usted, Nancy.

—Usted a mí también. Aunque no demasiado, debo ser sincera.

—Vaya.

—Esperaba otra cosa, ¿sabe?

—¿Ah, sí?

—Me lo imaginaba más guapo.

—¿Le parezco feo?

—Bueno, tampoco diría eso. Tiene usted las facciones duras, viriles, pero no desagradables. Que tiene cara de boxeador, vamos.

—¿En activo o sonado?

—De sonado, nada. Se parece usted mucho a Rocky.

—¿Algún amigo suyo, púgil de profesión?

—¡El de la película, hombre! —aclaró Nancy Howard, riendo.
Roger Lewis también rió.

—Es usted una chica muy simpática, Nancy.

—Gracias. Tampoco usted tiene nada de antipático, señor Lewis.
Aunque debo confesar que en un principio me pareció un poco gruñón.

—¿Y ya no?

—No, ya no.

—Me alegro. Bien, Nancy, creo que ya va siendo hora de que me diga usted qué está haciendo aquí, ¿no le parece? Además de engullir sabrosos emparedados, claro.

—Oh, no me dijo usted si le apetecía uno, señor Lewis —recordó la joven.

—Gracias, pero acabo de desayunar.

—En casa, no.

El investigador entornó un ojo.

—¿Cómo sabe que no he desayunado en casa? —interrogó.

—Primero le diré qué hago aquí: sustituir a Leslie.

—¿Sustituirla? —exclamó Roger.

—Antes de nada sepa usted que fue idea de ella, no mía. Por mi gusto, no estaría aquí, sino cuidando a Leslie. Pero mi hermana es más tozuda que una mula. Y muy responsable, eso también debo reconocerlo. Pensó en usted, en esta oficina. Dijo que aquí debía haber alguien permanentemente, aunque sólo fuera para atender las llamadas telefónicas. Y decidió que yo ocupara su puesto mientras ella estuviese enferma. Dijo también que a usted no le importaría que me mandara como sustituía.

—Acertó, no me importa en absoluto. Pero ¿quién atenderá a Leslie?

—Una vecina. Es persona de confianza, no se preocupe.

—¿Sabe usted escribir a máquina, Nancy?

—Sí. Pero sólo con un dedo.

—Caramba, no son muchos —sonrió Roger.

—No se alarme, señor Lewis. Soy lenta, pero segura. Jamás le doy a la tecla que no es. Y no tengo faltas de ortografía.

—Oh, eso está bien.

—¿Verdad que sí?

—¿Dígame cómo supo que no he desayunado en casa?

—Porque le llamé por teléfono hace un rato, y no estaba. Además, va usted sin afeitarse. Está claro como el agua que no durmió usted en su casa.

—Oiga, qué observadora es usted.

—Y qué bien deduzco las cosas, ¿verdad?

—Maravillosamente. ¿Por qué me llamó a casa? —preguntó Roger.

—Para darle un recado. Llamó un tipo, ¿sabe? —informó Nancy.

—¿Qué quería?

—Entrevistarse con usted urgentemente.

—¿Dio su nombre?

—Sí, lo tengo anotado aquí, en este bloc de apuntes. El tipo se llamaba... Stan Decker.

—Stan Decker... —repitió el investigador—. No me suena.

—Le pondremos un cascabel.

Roger rió.

—Ya me gana usted por dos chistes a uno, Nancy.

—Ahora le toca a usted, señor Lewis.

—A mí no me toca nadie, sin permiso de mi mujer.

La que rió ahora fue Nancy.

—¡Empatados a dos, señor Lewis!

—Qué bien nos lo estamos pasando, ¿eh?

—¡Oh, sí! Es tremendamente divertido.

—¿Dijo ese Stan Decker dónde vivía, Nancy? —preguntó Roger.

—No. Pero sí dijo dónde podría encontrarle usted a las once de la mañana —respondió la joven.

—¿Dónde?

—Frente a la Universidad John Hopkins, junto a su coche, un «Dodge» azul oscuro.

El investigador miró su reloj.

—Aún puedo acudir a su cita.

—Sí, tiene tiempo suficiente. Para acudir a esa cita, y para afeitarse antes.

—Voy con ello.

—Sí, no se entretenga.

Roger Lewis entró en su despacho.

Tenía una maquinilla de afeitarse, eléctrica, en el cajón de su

escritorio, para casos como aquél.

La tomó, la conectó a la corriente, y procedió a rasurarse las mejillas.

También tenía un frasco de loción, el cual utilizó después del rápido afeitado.

Roger salió de su despacho.

—¿Qué, estoy más guapo ahora, Nancy?

La joven le observó.

—Hombre, algo sí ha mejorado.

—Pero no mucho, ¿verdad?

—No, no mucho —sonrió ella.

—Usted no necesita mejorar —piropeó Roger.

—Gracias.

—Pero sigo pensando que no es bueno que coma tanto.

—¿Y qué voy a hacer, si siempre tengo hambre?

—Ponerse el pulgar en la boca y chuparlo.

—Chuparse el pulgar, es de tontos.

—Pero no engorda.

—A mí el comer tampoco me engorda, ya se lo he dicho.

—Pues es una suerte, amiga mía.

—Ande, lárguese ya, o llegará tarde a la cita.

—Espero encontrarla aquí cuando vuelva.

—Me encontrará, descuide. Y hablando de encontrar. El tipo me rogó que le dijera que, si llega usted al lugar de la cita, y él no está, que no se preocupe y le espere allí, que él no tardará en llegar.

—De acuerdo. Hasta luego, Nancy.

—Adiós, señor Lewis.

El investigador salió de su oficina.

CAPÍTULO III

Nancy Howard acabó de comerse el emparedado, echó mano del termo que se había traído, y se sirvió café en el vaso que se enroscaba a la cabeza del termo.

—Qué rico está —murmuró, tras el primer sorbo.

Apuró el café y guardó el termo en el cajón de la mesa.

Después, y para entretenerse en algo, colocó una hoja de papel en el carro de la máquina de escribir y comenzó a practicar.

Llevaba ya unos cuantos minutos practicando con la máquina, cuando sonó el teléfono.

La joven atrapó el auricular y se lo llevó al oído.

—¿Diga?

—¿Es la oficina del señor Lewis? —preguntó una voz de hombre.

—Sí, aquí es —respondió Nancy.

—¿Está el señor Lewis?

—No, salió hace unos minutos.

—Soy Stan Decker. Llamé antes, señorita, ¿recuerda?

—Oh, es usted. Sí, claro que recuerdo que llamó.

—¿Le dio mi recado al señor Lewis?

—Sí, señor Decker. El señor Lewis se dirige en estos momentos a la Universidad John Hopkins, para entrevistarse con usted.

—Gracias, señorita. Eso era lo que quería saber.

El tipo cortó la comunicación.

Nancy Howard colgó el auricular y prosiguió con las prácticas de máquina.

No habrían transcurrido cinco minutos, cuando el timbre de la puerta se dejó oír.

—¡Pase, está abierto! —indicó Nancy.

Pero nadie entró.

Nancy se levantó de la silla y fue hacia la puerta.

Al abrir, no vio a nadie.

Pero sí algo.

Un paquete.

En el suelo.

Delante de la puerta.

Nancy, extrañada, salió de la oficina y se asomó a la escalera.

Tampoco en ella vio a nadie.

La joven regresó sobre sus pasos y se detuvo junto al misterioso paquete. Se inclinó y leyó la etiqueta que permanecía pegada en la parte superior del mismo.

Decía:

«Roger Lewis. Investigador Privado. 656 de
Arlington Avenue,
22-D.
Baltimore. Maryland».

El nombre del remitente no figuraba en ninguna parte.

Nancy cogió el paquete.

Medía unos treinta centímetros de alto, por otros tantos de ancho, y pesaba unos cinco o seis kilos. Tal vez siete.

La joven cerró la puerta de la oficina y dejó el paquete sobre una silla.

Le hubiera gustado abrirlo, para saber qué contenía, pero no le pareció correcto.

Roger Lewis podría enfadarse.

Y con razón.

Mejor que lo abriera él cuando regresara.

Nancy volvió a sentarse en la silla y reanudó las prácticas de máquina, aunque de vez en cuando, le echaba una mirada al paquete, pues no decrecía su curiosidad, y le costaba un esfuerzo dominarla.

Casi dos horas después de haber abandonado su oficina, Roger Lewis estaba de vuelta.

Y volvía con una cara...

—Hola, Nancy —gruñó.

—Caray, lo dice en un tono, que parece que salude a su perra —protestó la joven, molesta.

—¿Eh?

—¿Qué le pasa, señor Lewis? Trae una cara de vinagre, que da

ganas de ponerse a preparar la ensalada.

El investigador emitió un gruñido y explicó:

—El tal Stan Decker me dio plantón. No apareció por la Universidad John Hopkins.

—¡Qué faena! Y el caso es que volvió a llamar, al poco de marcharse usted —informó Nancy.

—¿Ah, sí? ¿Y qué dijo?

—Nada. Sólo quería saber si usted había salido hacia allí.

—¿Hacia la Universidad John Hopkins?

—Sí.

—El muy...

—No suelte tacos, que yo tengo unos oídos muy castos.

—Pues me meteré en mi despacho y los soltaré allí —rezongó Roger.

—No olvide cerrar la puerta.

El investigador caminó hacia su despacho.

De pronto, se detuvo.

Acababa de descubrir el paquete que descansaba sobre la silla.

Apuntándolo con el dedo, gruñó:

—¿Qué es eso?

—Un paquete.

—Ya veo que es un paquete. ¿Qué contiene?

—No lo sé. Como va a su nombre, no me atreví a abrirlo. Aunque estuve tentada, no crea.

Roger Lewis se acercó a la silla y tomó el paquete.

—¿Quién lo trajo? —preguntó, después de leer lo que decía la etiqueta.

—No lo sé —respondió Nancy.

—¿Cómo que no lo sabe? —barbotó el investigador.

—¡No, no lo sé! —Se enfadó Nancy—. Llamaron a la puerta, y cuando acudí a abrir, la persona que lo había traído había desaparecido. El paquete estaba en el suelo, delante de la puerta —explicó—. Al ver que era para usted, lo cogí y lo entré a la oficina. ¿Hice mal?

—No, hizo bien —rezongó Roger.

—Entonces, no me eche la bronca.

—¿Quién le está echando la bronca?

—No cesa usted de gruñir, y me mira de un modo que...

—Estoy de mal humor, es verdad —reconoció el investigador—, pero usted no tiene la culpa, Nancy. Es de ese Stan Decker.

—Pues grúñale a él, cuando lo vea.

Roger Lewis sonrió ligeramente.

—Perdóneme usted, Nancy —rogó, en tono suave.

La joven también sonrió, dulcemente.

—Perdonado.

El investigador puso el paquete sobre la mesa y procedió a quitarle la envoltura, mientras decía:

—Veamos qué contiene.

—Por el tamaño del paquete, podría ser un sombrero.

—Pero no por su peso.

—Es verdad —convino Nancy.

Roger ya le había quitado la envoltura al paquete.

Quedó visible una caja corriente, de cartón amarillo.

El investigador levantó la tapa.

Y entonces ocurrió algo que llenó de terror a Nancy Howard y horrorizó a Roger Lewis.

Una cabeza saltó del interior de la caja, como impulsada por un resorte.

Una cabeza humana.

De mujer.

Ensangrentada.

La cabeza rodó macabramente por el suelo, durante unos segundos, y luego quedó quieta.

Los ojos, extremadamente abiertos, y con la expresión más estremecedora que Roger Lewis y Nancy Howard vieran jamás, miraban hacia el techo.

También la mueca de la boca era de lo más horrible.

El investigador sintió que se le helaba la sangre en las venas.

¡Aquella era la cabeza de Priscilla Crawford!

CAPÍTULO IV

Nancy Howard, que ya había dado un grito al ver saltar de la caja una cabeza humana, se puso a chillar histéricamente cuando ésta dejó de rodar por el suelo de la oficina.

Roger Lewis logró apartar los ojos de la ensangrentada cabeza de la pelirroja Priscilla Crawford y sujetó por los hombros a la muchacha.

—Cálmese, Nancy.

La joven siguió dando chillidos, los ojos fijos en la macabra cabeza. Su cuerpo temblaba de pies a cabeza.

—Deje de gritar, por favor —rogó el investigador.

Como Nancy no le hacía caso, amenazó:

—Deje de chillar o le doy una bofetada.

La amenaza no surtió efecto.

Nancy siguió con su ataque de histeria, provocado por el terror.

Roger, decidido a poner fin a aquello, de la manera menos violenta posible, abrazó de pronto a la joven y cubrió la boca de ella con la suya, apretadamente.

Los chillidos cesaron en el acto, claro.

Nadie puede gritar con la boca tapada.

También remitieron bastante las espasmódicas convulsiones de la muchacha. Casi por completo.

Al darse cuenta de ello, Roger separó su boca de la de ella, aunque por el momento no la soltó.

Antes quería asegurarse de que la joven se había tranquilizado totalmente.

Ella le miró de un modo extraño.

—Me ha besado —musitó.

—Sí —sonrió levemente Roger.

—¿No dijo que iba a darme una bofetada?

—¿Hubiera querido eso?

—No, creo que no.

—¿Se encuentra mejor?

—¿No se pondrá tonto, si le digo que sí?

—¿Por qué iba a ponerme tonto?

—Porque estoy en sus brazos, y usted podría pensar que me encuentro mejor por eso.

—¿Y no es así?

—¿Lo ve? Ya se está poniendo tonto.

—Si me promete no dar más chillidos, la soltaré.

—Estoy por prometerle todo lo contrario —respondió pícaramente Nancy.

—¿Significa eso que no desea que la suelte?

—Eso quisiera usted. Ande, suélteme ya, que era sólo una broma.

—¿De veras está totalmente calmada?

—Su beso me dejó como una balsa de aceite.

—Me alegro —sonrió Roger, y la soltó.

Nancy volvió a mirar la cabeza humana.

No pudo evitar un estremecimiento.

—Es horrible, ¿verdad? —murmuró.

—Sí, realmente aterrador —convino Roger—. Cortarle la cabeza a una persona y mandársela a otra en una caja. Tiene que ser obra de un loco.

—¿Y no tiene usted idea de quién?

—Sí, sospecho de una persona. Bud Crawford.

—¿Quién es?

—El marido de la chica.

Nancy abrió la boca.

—¿Conocía usted a la víctima?

—Sí —asintió Roger—. Se llamaba Priscilla. La conocí ayer tarde. Me llamó desde su casa. Quería contratarme, para que buscara a su marido. Según ella, él la había dejado porque estaba liado con otra. Yo tenía que averiguar el nombre de la amante de su marido y decírselo a ella.

—¿Y usted piensa que él...?

—Pudo hacerlo, sí.

—¿Por qué?

—Debió enterarse de que yo pasé la noche en su casa, con su

mujer, y si se trata de una persona desequilibrada, pues...

Nancy Howard abrió de nuevo la boca.

—¿Usted y Priscilla?

—Sí —asintió Roger.

—¿No le da vergüenza?

—¿El qué?

—Divertirse con una mujer casada.

—No es mi norma, desde luego. Pero...

—¿Pero?

—Ella me incitó.

—¿Seguro que no fue al revés?

—Le doy mi palabra.

—¿Y se deja usted seducir por cualquiera que se lo propone?

—Si es joven y hermosa, no suelo poner dificultades.

—Y yo que creí que el seductor era usted.

—Ya le dije que su hermana le había engañado al afirmar que yo tenía fama de seductor.

—Leslie no dice mentiras.

—Entonces, es que usted la entendió mal.

—¿Me está llamando tonta?

—Yo no le estoy llamando nada.

—Dejémoslo estar, será mejor —gruñó Nancy.

—Completamente de acuerdo —dijo Roger, y se acercó a la cabeza de Priscilla Crawford.

Nancy dio un nervioso respingo.

—¿Qué va a hacer? —Galleó, al ver que el investigador se inclinaba sobre la cabeza humana.

—Guardar esto en la caja. Es una visión demasiado macabra —respondió Roger.

—¡No la toque! —gritó la joven, estremeciéndose.

Roger la miró.

—¿Por qué no? ¿Qué puede hacerme?

—Nada, supongo. ¡Pero yo no la tocaría ni por todo el oro del mundo!

—Pues yo tengo que hacerlo. Y gratis —repuso Roger, y atrapó la cabeza por el rojo cabello.

Fue hacia la mesa con ella.

Nancy retrocedió, horrorizada.

—¡No se me acerque con eso!

—No me acerco a usted, sino a la caja —respondió el investigador, quien un par de segundos después depositaba la cabeza de Priscilla Crawford en la caja y tapaba ésta.

—¿Qué piensa hacer con ella? —preguntó Nancy, pálida.

—Entregarla a la policía, naturalmente. Pero antes voy a ir a casa de Priscilla Crawford.

Nancy tuvo un sobresalto.

—¡No se le ocurra volver por allí, señor Lewis! —aconsejó.

—Tengo que hacerlo, Nancy. Lo más seguro es que el resto de su cuerpo se encuentre allí.

—¡Y puede que su marido también! ¡Y si realmente fue él quien cortó la cabeza a la pobre Priscilla, la de usted puede rodar también por el suelo!

Roger sonrió.

—Le agradezco que se preocupe por mí de ese modo, Nancy, pero no hay peligro. Si fue Bud Crawford quien mató a su mujer y me mandó su cabeza, no va a ser tan tonto de permanecer en el lugar del crimen, para que le atrape la policía. A estas horas ya debe de hallarse lejos de Baltimore. O muy bien escondido, en algún lugar de la ciudad, lo suficientemente alejado de su casa.

—Así obraría una persona sensata, pero si Bud Crawford es el asesino, es obvio que de sensato no tiene nada. Es un demente perdido. Y de un demente perdido, puede esperarse cualquier cosa, por ilógica que sea.

—Nancy, si Bud Crawford quisiera cortarme la cabeza, como a su esposa, no me habría mandado la cabeza de ella, porque con ello me ponía en guardia. Me hubiera atacado por sorpresa, como a su mujer.

—Le digo lo mismo que antes, señor Lewis. Los locos no actúan con lógica.

—De acuerdo, tendré cuidado. Entraré en el apartamento de Priscilla Crawford con el revólver empuñado y todos los sentidos alerta, ¿se siente más tranquila ahora?

—No.

—Ya lo suponía.

—¿Por qué no llama a la policía, y se lo cuenta todo? —sugirió Nancy.

—La llamaré, pero a su debido tiempo. Antes quiero hallar el resto del cuerpo de Priscilla.

—¡Pero qué tozudo es usted!

—Sí, en eso me parezco a su hermana.

—Le prohíbo que llame tozuda a Leslie.

—Usted se lo llamó antes —recordó Roger.

—Yo soy su hermana, y puedo llamarle lo que quiera. —Está bien, retiro lo dicho— sonrió el investigador, y cargó con la caja. —Hasta luego, Nancy.

—¡Espere! —gritó la joven, respingando.

—¿Le ocurre algo, Nancy?

—¡Yo no me quedo sola aquí!

—¿Por qué?

—¡Porque tengo miedo!

—¿De qué?

—¡De que me manden otra cabeza! ¡La suya!

El investigador sonrió de nuevo.

—Mi cabeza seguirá sobre mis hombros por muchos años, no tema.

—Quien juega con fuego, corre el riesgo de quemarse. ¡Y usted va directo a una hoguera, señor Lewis!

—Cogeré el extintor del coche, por si acaso.

—¡No bromea, señor Lewis!

Roger dio un suspiro.

—Está bien, si tiene miedo de quedarse sola en la oficina, márchese a casa.

—Yo no he dicho que quiera irme a casa.

—¿Adónde quiere ir, pues?

—Con usted.

Roger enarcó las cejas.

—¿Conmigo...?

—Sí.

—¿A casa de Priscilla Crawford...?

—Sí.

—Oiga, yo a usted no la entiendo.

—¿Y quién le ha pedido que me entienda? Ande, vamos —indicó Nancy, cogiendo su bolso y colgándoselo del hombro.

—¿De veras no tiene miedo de ir a...?

—Y si lo tengo, me aguanto. En marcha, señor Lewis. Y mucho cuidado con la caja, no vaya a caérsele de las manos al bajar la escalera y la cabeza de Priscilla Crawford llegue abajo antes que nosotros, rebotando por los peldaños —advirtió la joven, cogiendo del brazo al investigador privado y tirando de él.

CAPÍTULO V

De camino hacia el apartamento de Priscilla Crawford, en el «Lancia» gris del investigador, éste dijo:

—¿Sabe una cosa, Nancy?

—Si va a decirme que está asombrado de mi repentina valentía, ahórrese la molestia. También yo lo estoy —confesó la joven.

Roger Lewis sonrió.

—No, no iba a hablar de eso.

—¿De qué se trata, entonces? —preguntó Nancy Howard.

—De Stan Decker.

—¿El tipo que le dio plantón?

—Sí.

—¿Qué pasa con él?

—Empiezo a explicarme por qué no apareció por la Universidad John Hopkins.

—¿Por qué no apareció?

—Porque no existe ningún Stan Decker.

—¿Eh...? —Respingó Nancy—. ¡Pero si yo hablé con él, por dos veces!

—Usted no habló con Stan Decker, sino con el asesino de Priscilla Crawford. Con Bud Crawford, si mis sospechas son ciertas.

—¡Qué horror! —gimió la joven, arrugándose en el asiento.

—El tipo quería asegurarse de que yo me hallaría ausente de mi oficina cuando él me llevase el paquete, con la cabeza de Priscilla. Por eso me citó a las once en la Universidad John Hopkins. La segunda vez que llamó, fue para comprobar que yo, en efecto, me dirigía ya al lugar de la cita.

—¡Qué hombre más astuto!

—Mucho, no hay duda —convino el investigador.

Unos minutos después, Roger Lewis estacionaba su automóvil frente al apartamento de Priscilla Crawford.

—¿Prefiere quedarse en el coche, Nancy?

—No. Yo subo con usted —respondió firmemente la joven—. Si su cabeza rueda por el suelo, la mía también.

—¿Se ha propuesto asustarme, Nancy?

—Sería inútil. Me parece que usted es de los que no se asustan por nada.

—En más de una ocasión he sentido miedo, no crea —confesó el investigador.

—Tendría que verlo para creerlo.

—Vamos, Nancy —indicó Roger, cogiendo la caja.

Salieron los dos del auto y subieron al apartamento de la infortunada Priscilla Crawford.

—Sostenga usted la caja, Nancy —rogó Roger.

—¡Ni hablar! —se negó rotundamente la muchacha, haciéndose atrás.

—¿Qué ocurre?

—Que me horroriza, eso es lo que ocurre.

—Ya la tuvo en sus manos una vez, Nancy.

—¡Pero entonces no sabía lo que había dentro!

—No le pasará nada, mujer.

—¡Por si acaso!

El investigador suspiró.

—Está bien, no la tome. Pero sepa que con ello me obliga usted a entrar en el apartamento sin empuñar mi revólver —advirtió.

Nancy respingó.

—¡Eso es chantaje, señor Lewis! —protestó.

—Sólo tengo dos manos, Nancy.

—Está bien, démela —accedió la joven, venciendo su aprensión.

Roger le pasó la caja y luego extrajo su revólver.

Atrapó el pomo de la puerta con su mano izquierda, haciéndolo girar lentamente.

La puerta se abrió.

Roger penetró en el apartamento e indicó:

—Adelante, Nancy.

La joven entró también, con la caja.

Roger cerró la puerta, sin ruido.

Observó con calma el apartamento.

Todo estaba en orden, no había la menor señal de lucha ni de

violencia.

—Quédese aquí, junto a la puerta —indicó Roger a Nancy.

—Yo no me separo de usted más de un palmo —hizo saber ella, con firmeza.

El investigador advirtió:

—Voy a entrar en el dormitorio de Priscille. Puede que su cadáver yazca allí, y no será agradable, Nancy. Recuerde que le falta la cabeza.

—Cómo voy a olvidarlo, si la llevo yo —repuso la muchacha, mirando la caja—. Dice usted que no será agradable ver su cadáver... Tampoco lo fue contemplar su cabeza, en el suelo de la oficina, y lo soporté.

—Porque yo intervine, que si no... —recordó Roger.

—Pues intervenga otra vez, si es necesario. Yo, desde luego, no me separo de usted, ya se lo he dicho. El asesino podría aparecer de pronto por detrás de un sillón, con un hacha en las manos, y...

—El asesino no está en el apartamento, Nancy.

—No podemos estar absolutamente seguros de eso.

—Yo sí lo estoy.

—Pues yo no.

—Está bien, venga conmigo.

—¿Con la caja? —Nancy volvió a mirarla.

—Déjela en el suelo, si quiere.

—¡Claro que quiero! —exclamó la joven, y se apresuró a depositar la caja en el suelo.

—Deme la mano.

—Tendrá que pedírsela a mi padre.

—No haga chistes ahora, maldita sea —gruñó Roger.

—Perdone, se me escapó. Aquí tiene mi mano.

El investigador la hizo desaparecer entre la suya, ancha y fuerte, y avanzó hacia el dormitorio de Priscilla Crawford, cuya puerta permanecía cerrada.

Roger la abrió, cautelosamente.

Él fue el primero en descubrir el cuerpo desnudo de la desdichada Priscilla.

Y, pese a tener un estómago fuerte, el investigador sintió que se le nublaba ligeramente la vista, le flaqueaban las piernas, y le asaltaban unas náuseas terribles, muy difíciles de dominar.

Realmente, no era para menos.

El cuerpo de Priscilla Crawford yacía sobre la cama, boca arriba, sobre un mar de sangre, seca ya.

Y lo más espantoso, con todo, no era que al cuerpo le faltase la cabeza, sino cómo se había ensañado con él el asesino.

Tenía múltiples heridas en las plantas de los pies y entre los dedos de los mismos, en las pantorrillas, en los muslos, en el vientre y en los costados, en los pechos...

Heridas todas ellas muy dolorosas, especialmente las del bajo vientre, aunque de escasa gravedad.

Le habían sido infligidas para martirizarla, para hacerla sufrir lo indecible, antes de decapitarla.

Eso explicaba que la desgraciada tuviese las manos atadas a la espalda, las piernas separadas, y los pies sujetos a las patas de la cama con delgadas, pero resistentes, cuerdas de nilón, que le habían lastimado los tobillos.

El asesino la torturó salvajemente, y luego...

Un grito interrumpió los pensamientos del investigador.

Lo había lanzado Nancy Howard.

Roger Lewis se volvió en el acto.

En el instante en que se volvía, Nancy ponía los ojos en blanco y se desplomaba.

El investigador, pese a hallarse un poco mareado, reaccionó con rapidez y consiguió sostener a la joven, evitando la caída.

—¡Nancy!

Ella no le respondió.

Tenía los ojos cerrados y no movía un solo músculo de su cuerpo.

Se había desvanecido.

Y Roger adivinó las causas.

Nancy debió mirar también hacia el interior de la habitación y...

No había podido resistirlo.

Roger cargó con ella y la llevó hacia el sofá, donde la depositó.

Después, se dirigió a la cocina.

Cogió un paño, lo mojó con agua del grifo, y regresó junto a la muchacha. Le humedeció la frente y las mejillas.

—Nancy...

La joven empezó a recobrarse.

Debió recordar en el acto la horrible visión que motivó su desvanecimiento, porque compuso un gesto de terror y gritó:

—¡Señor Lewis!

—Tranquílcese, Nancy.

Ella le cogió las manos y se las apretó con fuerza.

—¡Vi su cuerpo sobre la cama, bañado en sangre, y...!

—Cálmese, por favor, o sufrirá un nuevo ataque de histeria.

—¡Lo que le hicieron no tiene calificativo, señor Lewis! ¡Es una atrocidad tan grande, que...!

—Borre esa imagen de su mente, será mejor.

—¡Me temo que no podré!

—Inténtelo. Yo también voy a tratar de olvidar lo que vi. Estoy tan impresionado como usted.

—¡Ese Bud Crawford debe ser un auténtico monstruo!

—Suponiendo que lo hiciera él, claro.

—Usted dijo que...

—Que sospechaba de él, sí. Y sigo sospechando. Pero no basta con sospechar, hay que demostrar que lo hizo él.

—Eso es tarea de la policía, señor Lewis.

—Y mía también. No olvide que estoy metido de lleno en el asunto. Yo conocía a la víctima, y la cabeza de ésta me fue enviada a mí, a mi oficina.

—Eso es lo que no entiendo, señor Lewis. ¿Por qué le envió el asesino la cabeza de la víctima a usted, precisamente a usted?

—Debió descubrir que Priscilla y yo pasamos la noche juntos, ya se lo dije.

—¿Y eso es motivo suficiente para torturar de un modo tan horrible a una persona, y cortarle la cabeza después?

—No, pero...

—Además, según le dijo a usted Priscilla, su marido se había liado con otra.

—Sí.

—El marido que tiene una amante, no puede reaccionar tan salvajemente al descubrir que también su mujer se divierte con otros hombres.

—Si es un tipo normal, desde luego que no. Pero si es un desequilibrado mental...

—¿Le dijo Priscilla que su marido lo fuera?

—No, no dijo nada de eso.

—Qué complicado es todo esto, señor Lewis —murmuró Nancy, tocándose la frente.

—¿Se siente mejor? —preguntó Roger.

—Sí, ya estoy bien —respondió la joven, incorporándose—. Oiga, podía haberme estirado un poco la falda —dijo, al ver que tenía las piernas al descubierto hasta la mitad del muslo.

El investigador carraspeó:

—Disculpe, no me di cuenta.

—¿Seguro que no?

—Le doy mi palabra.

—Y una mirada a las piernas, también me está dando —rezongó Nancy, y se estiró la falda.

Roger sonrió.

—Las tiene muy bonitas.

—Gracias.

—Quédese sentada en el sofá, mientras hablo con la policía.

—Bien.

Roger descolgó el teléfono.

Se disponía a marcar el número de la policía, cuando la puerta se abrió y un tipo penetró en el apartamento.

Era alto.

Y corpulento.

Vestía un traje oscuro y portaba un maletín negro.

A Roger le bastó darle una fugaz mirada para saber quién era.

Llevaba una foto de él en el bolsillo.

Se la dio Priscilla, la noche anterior.

Era Bud Crawford.

El marido de la infortunada pelirroja.

El sospechoso número uno, para Roger Lewis.

CAPÍTULO VI

El investigador privado colgó el auricular y extrajo velozmente su revólver, encañonando con él a Bud Crawford.

—No se mueva, Crawford —ordenó.

Nancy Howard respingó fuertemente en el sofá.

—¡Crawford...! ¡Le ha llamado Crawford...! —exclamó, sintiendo un frío intenso por todo el cuerpo.

—Tranquila, Nancy —dijo Roger, sin mirarla—. Le estoy apuntando con mi pistola. No puede hacernos nada.

Bud Crawford, que se había quedado parado aún antes de que el investigador se lo ordenara, amenazándole con su arma, pestañeó, con cara de no tener ni idea de lo que allí había ocurrido.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen en mi casa? ¿Por qué me apunta usted con una pistola?

—¿De veras no lo sabe? —repuso Roger, fríamente.

—Si lo supiera, no se lo preguntaría. ¿No le parece a usted?

—Usted es Bud Crawford, el marido de Priscilla.

—Sí. ¿Y usted?

—Roger Lewis, investigador privado.

—¿Y ella? —Crawford miró a Nancy.

—Nancy Howard, mi secretaria.

—¿Qué hacen aquí?

—Su esposa me contrató ayer tarde.

—¿Para qué?

—Para que le buscara a usted.

Bud Crawford sonrió irónicamente.

—No me diga.

—Sí le digo.

—Me temo que Priscilla le tomó el pelo, amigo mío.

—¿Usted cree?

—Seguro. Ella sabía que yo me encontraba en Filadelfia, desde

el lunes. Lo que no sabía es que volvía hoy, miércoles, porque yo le dije que regresaría mañana, jueves.

—¿Qué hacía usted en Filadelfia? —interrogó el investigador.

—Trabajar, naturalmente. Soy viajante de lencería. ¿No se lo dijo Priscilla?

—Lo que ella me dijo es que usted la había dejado porque estaba liado con otra. Por eso me contrató, para que averiguara el nombre de su amante.

Bud Crawford rompió a reír con ganas.

Roger Lewis y Nancy Howard se miraron un instante.

El investigador gruñó:

—¿Le parece divertido, Crawford?

—Oh, sí, mucho.

—Pues yo no le veo la gracia.

—Porque no conoce a mi esposa. Si la conociera tan bien como yo, no se habría dejado engañar por ella.

—¿Engañar?

—Sí, amigo mío. Priscilla no es una mujer decente, ¿sabe? En cuanto yo salgo de Baltimore, lo cual sucede con mucha frecuencia, puesto que soy viajante, como ya le he dicho, mi esposa se apresura a buscarse compañía para las noches que yo esté fuera. Pero lo hace con tacto, eso debo reconocerlo. Llama al fontanero, por ejemplo, y le dice que uno de los grifos del baño no cierra bien. O al técnico de televisión, para decirle que la pantalla del televisor hace rayas, y cosas raras. Pero la que hace cosas raras es ella. Cuando vienen los tipos, claro. Los recibe en bata, y sin nada debajo. Priscilla posee un cuerpo escultural, como usted ya habrá podido comprobar. Le basta con asomar un muslo por la abertura de la bata, o parte de un seno, para que el fontanero, el técnico de televisión, o lo que sea el tipo de turno, sienta la llamada del deseo y se entregue a ella con ardor... Ésa es Priscilla, amigo Lewis. Por cierto, ¿dónde está ella? ¿Ha salido?

Roger no respondió.

Bud Crawford reparó en la caja que había junto a la puerta, muy cerca de él.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—No lo toque —advirtió Roger.

—¿Es suyo?

—No, pero me lo mandaron a mí.

¿Y si no es suyo, por qué se lo mandaron?

—Eso es lo que estoy tratando de averiguar.

Crawford sonrió.

—¿Por qué no guarda ya ese chisme? —sugirió, señalando la pistola que esgrimía el investigador—. Imagínese que se le dispara sin querer, y me alcanza...

—No tema, no se disparará si yo no quiero. Y no querré si usted no me obliga.

—¿Obligarle yo a disparar...? Qué tontería.

—Priscilla ha muerto, Crawford.

Bud Crawford pareció acusar mucho el golpe.

—¿Cómo ha dicho?

—Que Priscilla ha muerto. La asesinaron. Esta misma mañana. Sobrevino un silencio.

Bud Crawford lo rompió, inquirendo:

—¿Quién lo hizo?

—Usted.

El viajante de lencería dio un respingo.

—¿Yo...?

—Sí.

—¡Usted está loco!

—¿Puede demostrar que no lo hizo?

—¡Seguro!

—A las nueve y media de la mañana, Priscilla estaba viva. Lo sé porque a esa hora salí yo de este apartamento.

—Pasó la noche con ella, ¿verdad?

—Sí.

—Como el fontanero, como el técnico de televisión, como el electricista, y como tantos otros...

—Dejemos eso ahora y vayamos a lo que nos interesa. Como le decía, a las nueve y media Priscilla seguía viva. Alrededor de las once, ya estaba muerta. ¿Dónde estuvo usted de nueve y media a once, Crawford?

—De camino hacia Baltimore. Acabo de llegar a la ciudad, así que no pude hacerlo yo. A esa hora me hallaba a muchos kilómetros de aquí.

—¿Puede demostrarlo?

—Me temo que no.

—Lo suponía.

Bud Crawford apretó las mandíbulas.

—Yo no la maté, Lewis.

—Yo pienso que sí, Crawford. La policía averiguará quién tiene razón.

—¿Por qué no está aquí?

—¿Quién?

—La policía.

—Todavía no sabe que su esposa ha sido asesinada.

—¿Qué...?

—Pero lo sabrá en seguida, no se preocupe —dijo Roger, y tomó el auricular, con la mano izquierda.

—Espere, Lewis —rogó Crawford—. No llame a la policía todavía.

—¿Por qué? ¿Tiene algo que decirme?

—Es usted quien tiene que decirme algo a mí.

—¿Yo?

—Sí. Vamos, cuelgue ese teléfono.

Roger miró un instante a Nancy.

La joven seguía sentada en el sofá, escuchando con gran atención todo cuanto decían el investigador y el marido de la desdichada Priscilla.

Roger volvió a encararse con el viajante de lencería.

—¿Qué quiere que le diga, Crawford?

—¿Cómo supo usted que Priscilla había sido asesinada?

—EL asesino quiso que fuera el primero en saberlo.

—No me diga que le llamó por teléfono a su oficina y le dio los detalles del crimen... —sonrió Crawford, sarcástico.

—Hizo algo mucho más convincente: me mandó su cabeza.

Bud Crawford parpadeó.

—La cabeza de quién.

—De Priscilla.

—¿Pretende tomarme el pelo, Lewis?

—De sobra sabe usted que no.

—Sigue usted convencido de que yo la asesiné, ¿eh?

—La mar de convencido.

—¿Y dice que le corté la cabeza, después de matarla?

—Antes.

—¿Antes?

—Priscilla seguía viva cuando la decapitaron.

—¡No...! —gritó Crawford, horrorizado.

Y su horror parecía de lo más sincero.

O era un gran actor... o no era el asesino.

Eso fue lo que pensó Roger Lewis, quien, decidido a averiguarlo, dijo:

—Su esposa fue salvajemente torturada, antes de que el asesino decidiera cortarle la cabeza. Su cadáver yace sobre la cama, en su dormitorio, y su cabeza está ahí, en esa caja. ¿No quiere usted dar una ojeada a ambas cosas? —sugirió.

Bud Crawford titubeó.

Finalmente, se inclinó sobre la caja y la abrió.

Un ronco grito de horror escapó de su garganta.

Crawford cerró la caja bruscamente y se irguió.

Se mantuvo casi un minuto con los ojos cerrados.

Después, los abrió y los clavó en el rostro del investigador, con odio.

—¿De veras me cree usted capaz de...?

El silencio de Roger Lewis fue significativo.

Bud Crawford echó a andar, lentamente, hacia el dormitorio.

El investigador siguió sus movimientos, con los ojos y con la pistola.

No se fiaba de él.

Y que hacía bien en no fiarse, se vio en seguida.

Inesperadamente, Bud Crawford le arrojó el maletín a la cara.

Actuó con tanta rapidez, que Roger no pudo esquivar el maletín.

Éste se estrelló violentamente en su cara y el investigador cayó al suelo, lanzando un grito de dolor y sangrando ya por la nariz.

Nancy Howard brincó del sofá y lanzó otro grito, pero de terror, al ver que el corpulento Bud Crawford se arrojaba como una fiera sobre Roger Lewis.

CAPÍTULO VII

El investigador, que había perdido el revólver en la caída, vio lo que se le venía encima.

Giró velozmente sobre sí mismo.

Bud Crawford se estrelló contra el suelo con tanta violencia, que casi hizo un agujero en él.

No pudo reprimir un grito de dolor.

Roger Lewis no perdió un solo segundo.

Se incorporó a medias y saltó sobre la ancha espalda de Crawford, cuyo cuello rodeó con su brazo derecho, en un intento de inmovilizarle y poner fin a la pelea.

Pero Bud Crawford demostró tener excelentes conocimientos de defensa personal, y en un abrir y cerrar de ojos, el investigador privado se vio de espaldas en el suelo y al marido de la asesinada Priscilla sobre él.

Crawford lo agarró de las orejas y le golpeó la cabeza contra el duro suelo, varias veces.

Roger empezó a ver borroso el rostro de Bud Crawford.

Y seguramente hubiera terminado por no verlo de ninguna manera, de no intervenir, tan oportuna como audazmente, Nancy Howard.

Sí.

Gracias a ella no perdió totalmente el sentido.

La joven saltó sobre la espalda de Bud Crawford y le agarró fuertemente del cuello, al tiempo que le mordía con saña la oreja derecha.

Crawford lanzó un chillido de dolor.

No tuvo más remedio que soltar la cabeza del investigador, para tratar de quitarse de encima a la fiera muchacha, cuyos menudos, pero afilados dientes, amenazaban con arrancarle un buen trozo de oreja.

Levantó los brazos, le cogió la cabeza con ambas manos, y tiró de ella con violencia...

Nancy se vio arrancada materialmente de la espalda del tipo y surcó los aires como un proyectil dirigido, yendo a caer de espaldas un par de metros más allá.

La joven gritó al estrellarse contra el suelo.

Por un instante quedó inmóvil.

Las rodillas elevadas, la falda sobre la cara.

La exhibición de piernas era realmente formidable.

Y el reducido *slip*, de color lila.

Todo muy digno de contemplar.

Pero Bud Crawford no podía perder el tiempo en contemplaciones.

Tampoco Roger Lewis.

Aunque el investigador, de espaldas a la atractiva muchacha, poco podía verle.

Nada, en realidad.

Pero sí podía ver la cara de Bud Crawford.

Y nítida, ya, pues se había recuperado bastante de los forzados «contactos» cabeza-suelo, aunque el cráneo le dolía una cosa mala.

Pero más le iba a doler a Crawford la quijada, porque en ella le incrustó los nudillos del puño diestro.

El viajante de lencería se vio lanzado hacia atrás.

Roger trató de incorporarse, con intención de arrojarse sobre Crawford y propinarle unos cuantos puñetazos más, pero éste hizo algo que él no esperaba: disparar la pierna zurda.

Con potencia.

Con precisión.

Y con muy malas intenciones.

Sí, porque el objetivo era la cara del investigador.

Y allí golpeó su pie.

—¡Y qué pie...!

Bud Crawford debía calzar por lo menos un cuarenta y cuatro.

Aquello, más que un pie, era una piragua.

Roger Lewis aulló de dolor y cayó hacia atrás, cubriéndose la cara con las manos.

Crawford se puso en pie de un salto.

Dándose cuenta de que el investigador no estaba en condiciones

de perseguirle, recogió rápidamente su maletín y corrió hacia la puerta del apartamento.

Nancy, sentada ahora en el suelo, lo vio salir como un ciclón del apartamento.

—¡Señor Lewis! —gritó, gateando hacia el investigador, quien se movía débilmente en el suelo, atontado todavía por el «piraguazo».

La joven le apartó las manos de la cara.

—¡Dios mío...! —gimió, al vérsela llena de sangre.

Roger abrió los ojos y la miró.

—¿Dónde está?

—¿Crawford?

—Sí.

—¡Se largó!

—Maldita sea... —rezongó Roger, incorporando el torso.

—¡Ese hombre es un caballo!

—¿Lo dice por la cox que me dio?

—¡Le ha puesto la cara perdida!

—No hay duda, a juzgar por lo que me duele... ¿Y usted, se encuentra bien, Nancy?

—¿Bien...? ¡Pero si el tipo casi me deslomó, cuando me arrojó contra el suelo por encima de su cabeza!

—Lo siento. No debió usted intervenir.

—¿Y qué iba a hacer, permitir que le abriera la cabeza como si fuera una sandía madura? ¡Porque eso era lo que ese salvaje de Bud Crawford pretendía, señor Lewis!

—¿Cómo consiguió que me soltara?

—Le mordí la oreja.

—¿Con ganas?

—¡Hombre, eso ni se pregunta! Ya sabe que yo siempre tengo apetito —bromeó Nancy.

—No me haga reír, por favor, que tengo el labio partido —rogó el investigador, componiendo una mueca.

—¡Y además de verdad! Y en la nariz también, tiene un buen corte. Sangra por los dos sitios. Y por el pómulo, aunque menos.

—Vayamos al cuarto de baño. Allí habrá un botiquín.

—Seguro.

Se levantaron los dos, con cierta dificultad.

Lo primero que hizo el investigador, fue recoger su pistola y

guardársela. Después, él y Nancy se dirigieron al cuarto de baño. La joven caminaba tan encogida, que Roger dijo:

—Parece usted el Jorobado de París, Nancy.

—Encima, pitorreo —gruñó ella, cogiéndose los riñones.

Entraron en el cuarto de baño, en cuyo armario encontraron el botiquín.

—Lávese la cara primero, señor Lewis —indicó Nancy.

Roger abrió el grifo del lavabo y se agachó, enjuagándose la cara con ambas manos.

Nancy le desinfectó las heridas y luego se las cubrió con sendas tiritas.

—Cura concluida, señor Lewis.

—Debo estar horrible, ¿verdad?

—Al contrario, las tiritas le favorecen.

—No me diga —sonrió Roger.

Ligeramente, claro.

No podía distender demasiado el labio lastimado.

—Está guapísimo, de verdad —rió Nancy.

—Ahora sí que debo parecerme a Rocky. Después del duro combate, claro.

—El pobre Rocky queda mucho peor que usted en la película.

—¿Seguro que no lo dice para consolarme?

—No, de veras.

—Vamos. Tengo que llamar a la policía.

—Y a mi pobre espalda, que la parta un rayo, ¿no? —Gruñó Nancy.

—¿Le duele mucho?

—¿No le dije que el tipo casi me deslomó?

—Me ocuparé de su espalda mientras llega la policía.

—Yo me ocupé de su cara antes.

—Sólo será un par de minutos, Nancy. Los detalles ya se los daré personalmente.

—Está bien, llame —accedió la joven.

Salieron del cuarto de baño, Nancy encogida y con el botiquín en las manos.

CAPÍTULO VIII

Roger Lewis efectuó la llamada.

Tal y como prometiera a Nancy Howard, sólo habló un par de minutos con la policía. Después, colgó el teléfono y dijo:

—Veamos esa espalda, Nancy.

—¿Será suficiente con que me baje la cremallera? —preguntó ella.

—A ver, dese la vuelta —indicó Roger.

La joven obedeció.

—No, no será suficiente, Nancy. Es muy corta, sólo le quedaría media espalda al descubierto.

—¿Entonces...?

—Tendrá que quitarse el vestido.

—Y quedarme en pantalones y sujetador, ¿no? —repuso Nancy, mirándole por encima del hombro.

—Pues... —carraspeó Roger.

—Ni hablar, señor Lewis.

—Bueno, si no quiere quitarse el vestido, bájeselo al menos hasta la cintura.

—Eso también me parece bastante atrevido.

—Oiga, que yo no voy a perder la cabeza porque la vea en sujetador —empezó a molestarse el investigador.

—Supongo que no, pero...

—Está bien, si prefiere seguir pareciendo el jorobado de París, por mí...

Nancy se volvió.

—¿Cuánto tardará en llegar la policía, señor Lewis?

—Muy pocos minutos.

—Entonces, ya se ocupará usted de mi espalda en su oficina. No me gustaría que la policía nos sorprendiese a mí con el vestido por el ombligo y a usted tocándome la espalda.

—¿Tocándosela...? ¡Querrá decir atendiéndosela! —puntualizó Roger.

—¿Es que piensa atendérmela con los pies?

—No, pero...

—Pues entonces.

—Está bien, como usted prefiera —gruñó el investigador.

—Con su permiso, voy a sentarme.

—Yo también.

Se sentaron los dos en el sofá.

—¿Un cigarrillo, Nancy?

—Sí, gracias —aceptó la joven.

Roger extrajo una cajetilla de emboquillados y su encendedor de gas, ofreciendo los cigarrillos a Nancy.

Ella tomó uno y se lo puso entre los labios.

Roger accionó el encendedor, acercando la rojiza llama al extremo del cigarrillo de la muchacha.

—Gracias —sonrió Nancy.

El investigador prendió fuego a su cigarrillo y, tras expulsar una bocanada de humo, dijo:

—Extraño el comportamiento de Bud Crawford, ¿verdad?

—Brutal, es la palabra justa —rezongó la joven.

—No me refiero a los golpes que nos dio, sino a todo lo demás —aclaró Roger—. Si realmente es el asesino, ¿por qué volvió al apartamento, sin tener una buena coartada? Yo, desde luego, no lo hubiera hecho.

—Usted no está loco, y él, sí.

Pues no lo parece.

—¿Cómo que no? ¿Le parece a usted normal que le atacara?

—Yo le estaba apuntando con una pistola y acababa de decirle que le creía autor del cruel asesinato de su mujer. Encuentro lógico que me atacara, tanto si es culpable como si es inocente. Lo que ya no encuentro lógico es que, si es culpable, huyera sin darnos el pasaporte.

—¿Y por qué iba a darnos el pasaporte? —preguntó Nancy, extrañada—. Le hará falta si piensa salir del país...

Roger rió sin apenas mover los labios, divertido por el equívoco de la muchacha.

—No me refería a esa clase de pasaporte, Nancy, sino al que se

le da a una persona en el instante en que se la liquida —aclaró.

—¡Oh! —Respingó ella, pese al dolor de espalda—. ¡Lo que a usted le parece extraño es que se largara sin matarnos!

—Exacto. Pudo hacerlo perfectamente. Yo me encontraba atontado por los efectos de la coz, y usted, medio deslomada. No le hubiera sido difícil acabar con nosotros. Y si es culpable, le interesaba hacerlo. Ahora, en lugar de tener a la policía tras él, tendría unas cuantas horas por delante para salir del país, hasta que fuesen descubiertos nuestros cadáveres y el de su mujer.

—A lo mejor es que no desea salir del país. Ni siquiera de Baltimore.

—O que dijo la verdad.

—¿Que él no mató a su mujer?

—Sí. —Yo creo que sí que la mató, pero como está loco, actúa como si fuera inocente.

—Espero que la policía le detenga pronto, porque...

En aquel instante se abrió la puerta y varios hombres entraron en el departamento.

Rogers Lewis los conocía a todos.

El teniente Lorimer, de la Brigada de Homicidios, con quién había hablado pocos minutos antes, los agentes Ryan y McNeill, Bellows, médico forense, y Tully, fotógrafo.

Roger y Nancy se pusieron en pie.

—Hola, Lewis —saludó Lorimer.

—¿Qué tal, teniente?

—¿Dónde está la víctima?

—En esa habitación —indicó el investigador.

El teniente Lorimer fue hacia el dormitorio de Priscilla Crawford, seguido de un par de agentes, el forense y el fotógrafo.

Los cinco sabían que la víctima había sido atrocemente torturada antes de ser decapitada, pues Roger Lewis se lo había adelantado a Lorimer por teléfono.

A pesar de ello y de que los cinco hombres estaban acostumbrados a contemplar escenas desagradables, quedaron hondamente impresionados al observar el martirizado y decapitado cuerpo de Priscilla Crawford.

El teniente Lorimer, muy pálido, se asomó a la puerta.

—Lewis.

—¿Sí, teniente?

—¿Dónde está... la cabeza?

—En esa caja —señaló el investigador.

Lorimer ordenó al agente Ryan que cogiera la caja y entrara en la habitación.

Ryan, pálido también, obedeció.

Los cinco hombres quedaron de nuevo en el interior del dormitorio.

Unos minutos después, el teniente Lorimer salía de él.

—Monstruoso, Lewis —murmuró.

—Si —asintió Roger, quien, seguidamente, se lo refirió todo a Lorimer.

Tras el relato del investigador, el teniente Lorimer se mantuvo un tiempo callado, en actitud reflexiva. Luego, miró a Nancy y dijo:

—Señorita Howard. Usted habló por teléfono por dos veces con el misterioso Stan Decker, ¿no?

—Así es; teniente —asintió la joven.

—¿Y no tenía la misma voz que Bud Crawford?

—Pues a mí me parece que no.

—¿Cómo era la voz de Stan Decker?

—Un tanto rara.

—¿Como disfrazada a propósito?

—Sí, puede que sí.

El teniente Lorimer desvió su mirada hacia Roger Lewis.

—¿Le parece a usted que Bud Crawford dijo la verdad con respecto a su esposa? Me refiero a eso de que se la pegaba hasta con el repartidor de la leche.

—Es posible, sí —respondió el investigador.

—¿También a usted le recibió en bata?

—Sí.

—¿Y sin nada debajo?

—Muy poca cosa. Un sucinto pantaloncito de encaje.

—¿Y le incitó?

—Ya le he dicho antes que sí, teniente. Ésa fue la razón de que yo no saliera de aquí hasta esta mañana.

—Decidido a encontrar a su marido, ¿no?

—No.

—¿No...? —Pareció extrañarse Lorimer.

—Ella había cambiado de idea. Ya no le importaba conocer el paradero de su marido, ni que la hubiera dejado por otra. Al menos, eso dijo.

—Extraño, ¿no?

—Sí, también a mí me lo pareció.

—¿Le invitó a volver por aquí?

—Sí, esta noche. Pero yo no pensaba volver.

—Una última pregunta, Lewis. ¿Cree usted que lo hizo Bud Crawford?

—No lo sé, teniente. Yo pensaba que lo había hecho él, pero...

—Dijo usted que Priscilla le había entregado una foto de su marido, ¿no?

—Sí —asintió Roger.

—¿Dónde está?

El investigador se metió la mano en el bolsillo y extrajo la foto. Lorimer la examinó.

—¿Cómo es que no se la devolvió? Si ya no tenía que buscar a su marido...

—Se me olvidó.

—Ya.

—¿Puedo quedarme con la foto, teniente?

—No.

—¿Por qué?

—Porque me hace falta a mí.

—Entiendo. Bien, ¿podemos irnos ya?

—Sí, pueden marcharse. ¿Dónde estará usted, Lewis? Se lo pregunto, por si necesitara hablar de nuevo con usted.

—Me encontrará en mi oficina, allí o en mi casa.

—Bien.

—Hasta la vista, teniente Lorimer. Vamos, Nancy —indicó Roger a la joven, tomándola por el codo.

Salieron del apartamento.

Ya en el interior del coche del investigador, éste preguntó:

—¿Cómo va esa espalda, Nancy?

—Cada vez peor —respondió ella.

—Entonces, la llevaré a su casa.

—¿A mi casa...?

—Si le duele tanto la espalda, lo mejor es que se acueste.

—Puedo resistirlo, no se preocupe. Y usted me necesita en la oficina.

—Al diablo la oficina. Usted es lo primero.

Nancy sonrió cálidamente.

—Me complace oírle decir eso, señor Lewis, pero...

—¿Por qué no me llama Roger? Leslie me llama así.

—Ella le conoce más tiempo...

—Por favor.

—De acuerdo, le llamaré Roger.

—¿A casa, Nancy?

—A la oficina, Roger.

—Testaruda.

—No tanto como usted.

El investigador puso el coche en marcha.

Minutos después, lo aparcaba frente a la oficina.

Salieron del «Lancia» y subieron a ella.

—En mi despacho tengo un botiquín. Y en él un linimento que mitiga considerablemente el dolor de los golpes y las magulladuras —dijo Roger.

—¿De veras es tan bueno?

—No tardará usted en comprobarlo.

Entraron en la oficina y pasaron al despacho del investigador.

Éste sacó el botiquín de un cajón de su mesa.

Lo abrió y extrajo el frasco de linimento.

—Aquí lo tiene —se lo mostró a la muchacha—. Me lo recomendó un amigo que es luchador de *catch*.

—Oh, entonces él debe de entender mucho de eso —repuso Nancy—. Con la de golpes que reciben los luchadores de *catch*...

—Venga aquí, al sofá —indicó Roger.

La joven obedeció.

—Ahora, bájese el vestido y tiéndase boca abajo en él —siguió indicando el investigador.

Nancy vaciló un instante, pero hizo lo que le pedía Roger.

Éste observó la espalda de la muchacha.

—La tiene muy enrojecida, Nancy...

—Ya le dije que fue una buena costalada.

—El linimento la aliviará rápidamente, ya lo verá.

—¡Eso espero, porque...! ¡Eh! ¿Qué hace? —exclamó de pronto

Nancy, apretándose el sostén contra el pecho, porque se le caía.

Roger carraspeó.

—Le he soltado el sujetador para... —empezó a explicar.

—¿Para qué? —le interrumpió ella ceñuda.

—No sea mal pensada, diablos.

—¿Para qué me ha soltado el sujetador? —volvió a preguntar Nancy.

—¡Para poder friccionarle toda la espalda con el linimento, sólo para eso!

—¿Seguro?

—¿Es que no se fía de mí?

—No demasiado.

—¿Qué hago entonces? ¿Le aplico el linimento o no? —preguntó Roger enfadado.

Tres unos segundos de silencio, Nancy asintió:

—Está bien, aplíquemelo. Pero como sus manos se olviden dónde están los límites de una espalda, y los sobrepase, sabrá quién soy yo.

—Descuide, no sobrepasaré sus límites.

En el preciso instante en que iba a echarse un poco de linimento en la palma de la mano izquierda, sonó el teléfono.

—Vaya, hombre, qué oportuno —masculló, y fue hacia su mesa. Atrapó el auricular y se lo pegó al oído—: ¿Diga?

—¿Roger Lewis? —preguntó una voz masculina, extraña.

—Sí. ¿Con quién hablo?

—Stan Decker.

El investigador respingó.

—¿Stan Dec...?

—Sí, aunque muy pronto se me conocerá por otro nombre: El sádico de Baltimore.

CAPÍTULO IX

Roger Lewis miró a Nancy Howard con los ojos muy abiertos.

Ella también le miraba a él, con los ojos igualmente agrandados.

Nancy había oído perfectamente las últimas palabras pronunciadas por el investigador: «¿Stan Dec...?».

Su cerebro completó el nombre: Stan Decker.

La joven no pudo evitar un escalofrío.

—¿Me ha oído usted, Lewis? —preguntó la extraña voz del tipo que decía llamarse Stan Decker.

—Sí, le he oído —respondió Roger gravemente.

—Discúlpeme usted por haberle dado plantón esta mañana, pero era absolutamente necesario.

—Asesinó usted a Priscilla Crawford, ¿verdad?

—Sí —asintió el tipo.

—¿Por qué?

—Porque se lo merecía.

—Nadie merece una muerte tan horrenda.

—Priscilla Crawford, sí. Era una sucia ramera. Estaba casada y, a pesar de ello, permitió que usted pasara la noche con ella, que le hiciera el amor... Mujeres así no merecen vivir. Y no vivirán. Yo me encargo de ello. Poco a poco, todas irán sufriendo la misma suerte que Priscilla Crawford. Tortura y decapitación.

Un ramalazo de frío estremeció el cuerpo del investigador.

—Está usted loco, Decker.

—Yo no me llamo Decker.

—Ya sé que no. Yo conozco su verdadero nombre. El interlocutor de Roger pareció sufrir un instante de desconcierto.

—No diga estupideces, Lewis. Usted no puede saber mi nombre. No me conoce.

—Le conocí ayer, por la fotografía. Y esta mañana personalmente.

—Imposible.

—Es usted Bud Crawford, el marido de Priscilla.

El tipo guardó silencio nuevamente durante unos segundos.

Después rompió a reír.

Su risa era hueca.

Profunda.

Escalofriante.

Más propia de un ser anormal.

Lo que era él.

Roger Lewis no quiso interrumpir las carcajadas del tipo. Ya se cansaría de reír.

Así fue.

Entonces el individuo dijo:

—Conque Bud Crawford, ¿eh?

—Sí.

—¿De dónde ha sacado usted tal cosa, Lewis?

—Puede llamarlo intuición.

—Pues su intuición falla estrepitosamente, amigo mío.

—Usted sí que acaba de cometer un fallo.

—¿Yo?

—Me ha llamado amigo mío.

—¿Y qué?

—Bud Crawford también me llamó así. Y no una vez, sino dos.

El tipo rió de nuevo.

—Me divierte usted, Lewis.

—¿De veras?

—Oh, sí, mucho.

—No tardará usted en caer en manos de la policía, Crawford.

El tipo volvió a reír.

—Que no soy Bud Crawford, Lewis.

—Ya veremos qué dice cuando le atrapen.

—Nada, porque a mí nunca me atraparán. A Bud Crawford es posible que sí. Y lo sentiré por él, porque encima de cornudo... En fin, ya sabe.

—Mi consejo es que se entregue usted pacíficamente, Crawford.

—Se lo transmitiré a Bud Crawford, si lo veo —repuso irónicamente el sujeto.

—Está usted peor que una cafetera averiada —espetó Roger.

—No me irrite, Lewis. Puede ser peligroso.

—Ya estoy temblando.

—No sabe usted de lo que puede ser capaz el Sádico de Baltimore.

—De salirse de una camisa de fuerza, seguro que no.

—¿No teme que haga con usted algo parecido a lo que hice con Priscilla Crawford?

—Atrévase a intentarlo.

—No lo diga dos veces.

—Yo no soy una débil mujer indefensa.

—Tampoco yo.

—Sí, ya pude comprobar que pega duro. Pero no volverá a sorprenderme, Crawford.

—Y dale con Crawford. ¿Qué tendré que ver yo con ese pobre imbécil?

—Todo, puesto que es usted.

—Está bien, para usted el burro.

—¿Y para qué quiero yo el burro?

—¡Maldita sea, con usted no se puede hablar! —rugió el tipo, y cortó la comunicación.

Roger Lewis colgó el auricular y miró a Nancy Howard.

La joven musitó:

—¿Era realmente Bud Crawford?

—Sigo teniendo mis dudas, Nancy.

—¿Por qué le llamó?

—Para disculparse del plantón que me dio esta mañana. Y para anunciarme que muy pronto se le conocerá como el Sádico de Baltimore, porque piensa seguir torturando y decapitando a todas las mujeres que no sean fieles a sus maridos.

—¡Qué horror! —Se estremeció Nancy.

—Confiemos en que la policía lo atrape antes de que cometa otro crimen.

—Si no es Bud Crawford, difícilmente podrá atraparlo... —observó la joven.

—Sí, eso es verdad —suspiró Roger—. En fin, lo primero que debo hacer es ocuparme de su linda espalda, Nancy.

—Con cuidado, ¿eh? —rogó ella.

—¿De no sobrepasar los límites?

—De eso y de no hacerme daño.

—Mis manos parecerán forradas de terciopelo.

—A ver si es verdad.

El investigador se echó un poco de linimento en la palma de la mano, dejó el frasco sobre la mesa ratona que había frente al sofá, en la cual se sentó.

En seguida comenzó a friccionar con delicada suavidad la enrojecida espalda femenina.

Al principio Nancy no dijo nada.

Ni se quejó, ni protestó.

De pronto emitió un débil gemido.

—¿Le hago daño, Nancy? —preguntó Roger, interrumpiendo las fricciones.

—No... Siga, siga... —pidió ella.

Roger reanudó las fricciones.

—Tiene usted unas manos muy hábiles, Roger... —Ponderó Nancy.

—¿Verdad que sí?

—Demasiado, quizá.

—¿Por qué dice eso?

—Porque me está poniendo tierna... —confesó la joven, sin poder reprimir un segundo gemido, que fue de placer, como el anterior.

El investigador sonrió.

—Ya sabía yo que usted no era tan dura como decía.

—Lo soy, no se equivoque. Lo que pasa es que usted ha sabido hallar el modo de ablandarme.

—De lo cual me alegro infinito.

—Roger, por favor... —gimió Nancy, estremeciéndose.

—¿Qué ocurre?

—Que voy a derretirme como un helado si no deja usted de...
¡Roger!

—¿Qué pasa?

—¡La espalda está más arriba!

El investigador tosió y subió la mano unos centímetros.

—Disculpe, Nancy. Hablando, hablando...

—Sí, hablando, hablando, eso —gruñó la joven.

—No creerá que lo hice deliberadamente, ¿verdad?

—No importa lo que yo crea. Ya está hecho.

—Y a lo hecho, pecho, ¿no?

—Sí, pero usted no vuelva a deslizar su mano hacia el mío, o se acordará de mí durante bastante tiempo —advirtió Nancy.

—Ya se está poniendo dura otra vez.

—Usted ha tenido la culpa.

—Voy a ver si la ablando de nuevo.

—Esta vez no lo conseguirá.

—¿Apostamos algo?

—Friccione y calle —masculló Nancy, y apretó los dientes fuertemente, para ver si así impedía que se le escapase un nuevo gemido, porque las manos del investigador volvían a mostrarse terriblemente hábiles en el tacto.

Pero no le sirvió de nada apretarlos.

Volvió a gemir.

Y por dos veces casi consecutivas.

—Roger... —susurró, los ojos cerrados.

El investigador se inclinó y posó suavemente los labios en la nuca femenina.

El cuerpo de Nancy sufrió una sacudida.

—¡Roger! —gritó la joven.

—¿Vuelve a sentirse tierna, Nancy?

—Soy mantequilla pura.

El investigador volvió a besarla en la nuca, y luego sus labios se deslizaron por el suave cuello hasta detenerse en la oreja, cuyo lóbulo mordisqueó.

Nancy le dejaba hacer, limitándose a gemir dulcemente una y otra vez.

Las manos de Roger se volvieron a mostrar atrevidas.

Nancy sintió que sobrepasaban los límites de lo que era la espalda, pero esta vez no protestó.

Animado por la pasividad de la joven, Roger la cogió por los hombros y la obligó a darse la vuelta, suavemente.

Se miraron a los ojos.

—Leslie tenía razón —murmuró ella, las manos sobre el desabrochado sujetador.

—¿En qué?

—Es usted un sinvergüenza.

—Y usted una chica encantadora —repuso Roger, y la besó en los labios, larga y profundamente, mientras sus manos acariciaban el cuerpo femenino.

Nancy acabó rodeando el cuello del investigador con sus desnudos brazos, para lo cual tuvo que olvidarse del sujetador.

Era lo que Roger estaba esperando para poder acariciarle el pecho.

Y lo hizo.

Por un instante, pareció que ella iba a impedírselo, pero no fue así.

Quien sí se lo impidió fue el teléfono.

Empezó a sonar, el muy...

—Roger... —musitó Nancy.

—¿Qué? —murmuró él, mordisqueándole el labio superior.

—Está sonando el teléfono...

—Es el despertador de la vecina —repuso Roger, mordiéndole ahora el labio inferior.

—Debe contestar. Puede ser importante.

—Usted es lo más importante para mí en este momento, Nancy.

—Tal vez sea el Sádico de Baltimore.

—El Inoportuno de Baltimore...

—Conteste, Roger —rogó la joven.

—Maldita sea... —masculló el investigador, poniéndose en pie.

Miró a Nancy.

Ella se apresuró a cubrirse con el sujetador.

—El teléfono está allí —indicó, burlona.

—Sí, ya sé —sonrió Roger, y fue hacia él. Lo descolgó y se lo llevó al oído—. Lewis al habla... Hola, teniente Lorimer. ¿Qué?... ¿Cómo sucedió?... Sí... Sí... Está bien, teniente. Gracias por informarme.

El investigador dejó el auricular sobre la horquilla y miró a Nancy.

—Era el teniente Lorimer.

—Ya lo he oído. ¿Qué quería? —preguntó ella.

—Bud Crawford ha sufrido un accidente.

—¿Un accidente?

—Su coche se despeñó cuando la policía le perseguía. Todas las carreteras estaban cortadas. Crawford quería abandonar la ciudad.

No se detuvo en el control. Dos coches de la policía se lanzaron tras él. Minutos después, su automóvil se salía de la carretera.

—¿Ha muerto?

—No, aunque las lesiones son importantes. Lo han llevado a un hospital. Si era él el asesino, se acabó la pesadilla. Pero si no lo era...

—Si no lo era, no ha hecho más que empezar —murmuró Nancy.

—Eso me temo, sí.

Nancy, que ahora se hallaba sentada, procedió a abrocharse el sujetador.

—¡Eh! ¿Qué hace? —exclamó Roger, yendo hacia ella.

—Ya acabaron las fricciones de linimento, ¿no?

—Sí, pero lo otro no había hecho nada más que empezar...

—Eso también terminó.

—Pero, Nancy...

—Yo he venido a su oficina a trabajar, no a que me haga el amor en el sofá —puntualizó la joven, subiéndose el vestido.

—Esto es un mazazo, Nancy.

—Si tuviera una maza a mano, se lo daría de verdad.

—¿Por qué?

—¿Y todavía lo pregunta? Me prometió que se limitaría a friccionarme la espalda, sin sobrepasar sus límites. Y no sólo los sobrepasó, sino que casi me lo fricciona todo.

Roger tosió.

—Nancy, si yo hubiera observado que le molestaba que la besara y la acariciara, no lo habría hecho.

—Pues me molestó, aunque no tuve fuerzas para rechazarle, porque es usted muy hábil acariciando a las mujeres. Pero como ahora no me siento «tierna», le prohíbo que vuelva a ponerme las manos encima. ¿Está claro, señor Lewis?

—Toma, si hasta vuelve a llamarme señor Lewis.

—Sí, vuelvo a llamarle señor Lewis. A usted no se le pueden dar confianzas de ningún tipo. ¿Y de qué se ríe, vamos a ver?

—No me río, me sonrío. Y sonrío porque cuando se enfada, aún me gusta mucho más.

—Ya está tratando de engatusarme otra vez, ¿eh?

—No, mujer —ahora sí rió el investigador, aunque con las lógicas limitaciones que la tirita labial le imponía.

Nancy soltó un gruñido y salió del despacho, con paso rápido y muy erguida.

Roger salió tras ella, diciendo:

—Ya no parece usted el Jorobado de París, Nancy. No hay duda de que el linimento le ha sentado maravillosamente.

La joven se sentó al otro lado de la mesa que habitualmente ocupaba Leslie, abrió el cajón y cogió uno de los dos emparedados que le quedaban por devorar.

—¿Quiere el otro? —invitó, aunque sin desfruncir el ceño.

—No, gracias. Ya comeré algo por ahí.

En los ojos de Nancy hubo una chispa de temor.

—¿Se marcha?

—Sí. Quiero hablar con el teniente Lorimer.

—¿Tardará mucho en volver?

—No lo sé. ¿Tiene miedo de quedarse sola en la oficina?

—Sí, pero me quedo.

—Cuando yo salga, cierre por dentro. Y no abra a nadie, sea quien sea —indicó Roger.

—Descuide, no abriré.

—Hasta luego, Nancy.

—Adiós.

El investigador salió del despacho.

CAPÍTULO X

Clara Desmond era una rubia impresionante.

Se hallaba sentada tendida boca arriba en una llamativa tumbona, junto a la magnífica piscina, tomando el sol.

En bikini, claro.

Y qué bikini...

La pieza de abajo apenas cubría lo justo, y la de arriba, si Clara tragaba un poco más de aire del debido, ni lo justo.

Ambas piezas estaban mojadas y la piel de su cuerpo, húmeda y brillante todavía, pues hacía muy poco que había salido de la piscina.

Se había zambullido unos minutos después de que Lynn Ekland se fuera.

Lynn Ekland era el actual amiguito de Clara Desmond, un tipo alto y atlético, moreno, muy apuesto.

Clara lo recibía en su casa siempre que John Desmond, su marido, se ausentaba de Baltimore.

Y esto último sucedía bastante a menudo, pues John Desmond era representante de maquinaria agrícola y viajaba mucho.

John no volvería hasta dentro de dos o tres días.

Lynn, sí.

Aquella misma noche.

Clara se lo había pedido, y él le había prometido que sobre las ocho estaría de nuevo con ella.

Y Lynn siempre cumplía sus promesas.

Clara Desmond, con los ojos cerrados, siguió recibiendo los rayos del sol en su prácticamente desnudo cuerpo.

De pronto, una sombra se proyectó sobre ella.

Clara abrió los ojos bruscamente, asustada, porque no había nadie más en la casa.

Se llenó de terror al descubrir al tipo que se había acercado a

ella silencioso como un gato.

Era alto.

Corpulento.

Vestía tejanos azules, camisa roja y cazadora negra, y calzaba zapatillas de deporte. Se cubría la cara con una ceñida capucha de lana y esgrimía un larguísimo cuchillo, de ancho y fulgurante acero.

Sí.

Era el Sádico de Baltimore.

Clara Desmond hizo ademán de saltar de la tumbona, pero el tipo alargó el brazo derecho y apoyó la punta del terrorífico cuchillo en el casi liso vientre de la rubia.

—Quieta, Clara. Ya te moverás cuando yo lo diga —ordenó gélidamente.

Ella obedeció, pálida como un cadáver.

Su cuerpo empezó a temblar sobre la tumbona.

El enmascarado trazó una línea en el vientre de su víctima, con la punta del cuchillo, pero sin apretar, rozándole apenas la dorada piel.

Fue solo una caricia.

Aterradora, pero caricia.

A Clara Desmond se le puso la piel de gallina al frió contacto del acero.

Encogió el vientre, tuvo que sacar el pecho y sus rotundos senos amenazaron con desbordarse.

Clara observó que los fríos ojos del encapuchado se clavaban en su pecho.

Comprendiendo que de aquella forma excitaba al tipo, quiso volver a quedarse como antes.

Pero ya no pudo ser.

El individuo había apoyado de nuevo la punta del cuchillo en el vientre de Clara, y si ella lo desencogía, se clavaría el acero.

Más aterrada que antes, la rubia, con voz trémula, preguntó:

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—Para la primera pregunta no hay respuesta. Para la segunda, sí: que seas tan complaciente conmigo como lo fuiste hace un rato con el tipo que acaba de salir de esta casa.

Clara pestañeó.

—¿Conoce usted a Lynn?

—No soy amigo suyo, si es eso lo que quieres saber.

—Entonces, ¿cómo sabe que él y yo...?

—Eso no importa ahora. Lo sé y basta.

Clara Desmond guardó silencio.

El Sádico de Baltimore preguntó:

—¿Serás complaciente conmigo, Clara?

—¿Qué..., qué pasará si me niego? —quiso saber ella.

—Te clavaré este hermoso cuchillo. Varias veces.

Clara Desmond se estremeció.

—¿Y... si hago lo que me pide?

—Si te muestras dócil y cariñosa conmigo, cuando me haya divertido contigo, me marcharé.

—¿Sin causarme ningún daño?

—¿Por qué iba a causártelo? Como no verás en ningún momento mi rostro, no podrás describírselo a la policía, suponiendo que la llares para contarles que un tipo te obligó a hacer el amor con él.

Clara Desmond se dijo que no tenía elección.

O se sometía a los sucios deseos del tipo... o él la cosería a cuchilladas.

Y si lo primero no le gustaba, lo segundo aún le gustaba menos.

Por eso dijo:

—Si no me lastima, seré complaciente con usted.

—No temas, no te lastimaré —sonrió el Sádico de Baltimore.

—¿Dónde quiere que...?

—En tu dormitorio.

—Tendrá que apartar el cuchillo de mi vientre, si quiere que me levante.

—Lo apartaré, pero no mucho. Y si intentas jugármela, te traspasaré con él —advirtió el tipo.

Clara se volvió a estremecer.

—No intentaré nada, se lo prometo.

—Mejor para ti.

El Sádico de Baltimore retiró el cuchillo un palmo y Clara Desmond pudo ponerse en pie.

La rubia echó a andar lentamente hacia la casa, seguida muy cerca por el tipo.

Su dormitorio estaba en la planta superior.

Subieron a él.

—Ponte de espaldas —indicó el individuo apenas entrar en el dormitorio.

—¿Para qué? —Respingó Clara, asustándose.

—No hagas preguntas y obedece.

Clara hizo lo que le pedía el encapuchado.

Éste dejó en el suelo la bolsa de deporte que llevaba en la mano izquierda y la abrió, sacando un rollo de cinta adhesiva.

—Las manos a la espalda, guapa —ordenó.

Clara obedeció.

El tipo se las ató fuertemente con un pedazo de cinta.

—¿Por qué me ata? —se alarmó la rubia.

—Pura precaución, muñeca.

—Le prometí que no intentaría nada...

—Lo siento, pero yo no me fío ni un pelo de las promesas de las mujeres. Te juran fidelidad eterna hoy, y mañana ya te están poniendo los cuernos con el primero que encuentran.

—Odia usted a las mujeres, ¿verdad?

—Sí, mucho.

—¿Es casado?

—No.

—¿Tiene novia?

—La tuve.

—¿La quería mucho?

—Sí.

—Y le engañó con otro, ¿verdad?

—Sí.

—¿Por eso hace esto?

—¿El qué?

—Abusar de las mujeres casadas que no son fieles a sus maridos.

—Me divierte.

—No, en el fondo no creo que le divierta.

—Bueno, basta de charla, primor, que no hemos subido aquí a hablar. Camina hacia la cama.

Clara se acercó al lecho.

—Siéntate en ella.

La rubia obedeció.

El Sádico de Baltimore cortó con su cuchillo otro pedazo de cinta adhesiva y cubrió con él la boca de Clara Desmond.

Ella dilató los ojos, porque aquello aún le alarmaba más que lo de haberle atado las manos a la espalda.

Y todavía se alarmó más cuando el encapuchado la agarró por los pies y la arrastró hasta dejarla tendida en el centro de la cama, para, acto seguido, separarle las piernas y sujetárselas a las patas de la misma, con delgadas cuerdas de nilón.

Clara Desmond, horrorizada, irguió el torso.

El Sádico de Baltimore le apoyó el cuchillo entre los senos y presionó.

Clara sintió el agudo pinchazo.

Inmediatamente brotaron las primeras gotas de sangre.

Clara no tuvo más remedio que dejarse caer hacia atrás, a punto de desfallecer de pánico.

Demasiado tarde comprendía que estaba en manos de un perturbado mental.

El la había engañado.

No se limitaba a abusar de ella, cometería las mayores atrocidades con su cuerpo indefenso.

No se equivocó.

El tipo, manejando con habilidad su cuchillo, le cortó los delgados cordoncitos que sostenían la pieza superior de su minúsculo bikini y luego hizo lo propio con los de la pieza inferior.

Clara Desmond quedó desnuda sobre la cama.

El Sádico de Baltimore, con un brillo satánico en la mirada, empezó a torturar a su segunda víctima, sin importarle en absoluto que la desgraciada se retorciera una y otra vez de dolor sobre la cama.

CAPÍTULO XI

Roger Lewis aparcó su coche frente a su oficina y subió a ella.

Intentó abrir la puerta, pero ésta estaba cerrada por dentro.

En lugar de pulsar el timbre, golpeó el cristal translúcido con los nudillos.

—Soy yo, Nancy.

—¿Quién es «yo»? —preguntó ella, desde el otro lado.

—Roger.

—¿Cómo sé que no me engaña?

—¿Es que no recuerda mi voz?

—Al Sádico de Baltimore no le sería difícil imitar su voz.

—Quizá no, pero yo soy Roger Lewis, no el Sádico de Baltimore.

—Deme pruebas —exigió Nancy.

—¿Pruebas?

—Dígame algo que sólo usted y yo sepamos.

—A ver, déjeme pensar... Oh, sí, ya sé. Tiene usted un lunar en el pecho izquierdo, muy cerca de...

La puerta se abrió de golpe.

—No es necesario que lo diga —gruñó Nancy.

Roger entró en la oficina, sonriente.

Después de cerrar la puerta, preguntó:

—¿Alguna novedad, Nancy?

—Ninguna.

—¿No ha llamado nadie?

—No. Ni a la puerta ni por teléfono.

—¿Cómo evoluciona su espalda?

—Bien. Me sigue doliendo, pero cada vez menos.

—Me alegro.

—¿Qué sabe de Bud Crawford?

—Saldrá de ésta.

—¿Sigue negando él que...?

—El teniente Lorimer no ha podido interrogarle todavía, los médicos no le autorizan. Seguramente no podrá hacerlo hasta mañana por la mañana.

—Me sentiría más tranquila si Bud Crawford hubiese confesado ser el criminal.

—También yo.

—Esperemos que lo haga mañana.

—Coja su bolso, Nancy —indicó Roger.

—¿Para qué?

—Se acabó la jornada laboral.

—¿Tan pronto...?

—Usted necesita descanso, por lo de la espalda, y yo también. Me duele la cabeza.

—Con la de golpes que le dio Bud Crawford contra el suelo, amén de la cox, no me extraña que le duela.

—Ande, coja el bolso.

Nancy lo cogió.

Roger apagó las luces y ambos salieron de la oficina.

El investigador cerró la puerta con llave y tomó del brazo al a joven.

—Vamos, Nancy.

Descendieron por la escalera.

Una vez abajo, caminaron hacia el «Lancia».

Nancy fue la primera en descubrir lo que había en el asiento de atrás del automóvil.

—¡Roger! —exclamó, quedándose clavada.

—¿Qué ocurre?

—¡Mire! —Nancy señaló el paquete que descansaba en el asiento trasero del «Lancia». Era idéntico al recibido por la mañana, conteniendo la cabeza de Priscilla Crawford.

Roger Lewis apretó los maxilares al descubrir el paquete.

Inmediatamente miró a su alrededor, con la esperanza de descubrir al tipo que lo había dejado en el asiento de su coche.

No vio a nadie con aspecto sospechoso.

El investigador rezongó una maldición y alcanzó el coche en dos zancadas. Abrió la portezuela y tomó el paquete.

Tenía un peso similar al anterior.

—Vamos, Nancy.

—¿Adonde? —preguntó la joven, visiblemente aterrorizada.

—A mi oficina.

—¿Para... para abrir el paquete allí?

—Sí.

—No creo que pueda resistirlo.

—Entonces, tome un taxi y váyase a casa.

—No, eso no.

—Decídase, Nancy. No puedo perder tiempo.

—Subo con usted, Roger.

—Como quiera. Pero no se me desmaye ni se ponga histérica, ¿eh?

—Procurará que ninguna de las dos cosas suceda —prometió la muchacha.

Volvieron los dos a la oficina.

Roger puso el paquete sobre la mesa de la antesala de su despacho y procedió a abrirlo.

—¿Saltará... como la otra? —preguntó Nancy, con un hilo de voz.

—Seguramente.

—Ay... —gimió la joven, haciéndose atrás.

Roger levantó la tapa.

De la caja saltó una cabeza de mujer, rubia, ensangrentada.

La de Clara Desmond.

Nancy, pese a que ya esperaba ver saltar una cabeza humana, no pudo evitar un grito de horror.

La cabeza de Clara Desmond rodó unos instantes por el suelo de la oficina y luego quedó inmóvil, con su horrible expresión.

Nancy se arrojó en brazos del investigador, al cual se apretó fuertemente, los ojos cerrados.

Roger la estrechó suavemente, sin decir nada.

Bastantes segundos después, la joven preguntaba:

—¿La conocía usted a ésta también?

—No, a ésta no. No sé quién es —respondió Roger.

—Entonces, ¿por qué se la ha mandado el asesino a usted?

—No lo sé. Tal vez porque también me mandó la otra.

—O para demostrarle que Bud Crawford no es El Sádico de Baltimore.

—Sí, puede que lo haya hecho por eso. Evidentemente, Bud

Crawford no pudo poner la caja en mi coche, porque cuando esto ocurrió, él ya se encontraba en el hospital. Obviamente, no es el asesino.

—¿Por qué huyó, entonces?

—Porque no podía demostrar que, cuando mataron a su esposa, él se encontraba a muchos kilómetros de Baltimore, y tuvo miedo de que, igual que yo, la policía le creyera autor del asesinato de su mujer.

—Pobre hombre.

—Lo peor de todo es que ahora no tenemos ni idea de quién pueda ser El Sádico de Baltimore.

—Sí, es horrible. Y seguirá torturando y decapitando a sus víctimas mientras no se le descubra y se le detenga.

—No me lo recuerde, Nancy.

Ella levantó la cabeza y le miró.

—Puede usted soltarme, Roger.

—Y usted a mí también.

—Perdone, pero es usted quien me está abrazando a mí.

—Pero usted se abrazó primero a mí.

—Fue algo instintivo. Me sentía horrorizada y...

—No tiene por qué disculparse. Es muy natural que una mujer desee abrazar al hombre que le gusta, y viceversa.

—¿Y cuándo he dicho yo que usted me guste?

—Antes, en el sofá.

—No recuerdo haber dicho tal cosa.

—Con palabras, no; pero sí con hechos. Devolvió mis besos y aceptó mis caricias.

—Porque me sentía tierna, ya se lo dije.

—Si yo le disgustara, no se hubiera puesto tierna.

—Yo no he dicho que me disguste, pero tampoco que me guste, eso es lo que quiero dejar claro.

—Pues usted sí me gusta a mí, también yo quiero dejar eso claro.

—Hablaremos de ello en otro momento, Roger. Ahora no es oportuno —estimó Nancy, mirando un instante la cabeza de Clara Desmond.

—Sí, tiene razón —convino el investigador, y la soltó.

—¿No va a llamar al teniente Lorimer?

—Ahora mismo —respondió Roger, descolgando el teléfono.

Hora y media después, Roger Lewis detenía su coche frente al apartamento de Leslie Howard, su secretaria.

Nancy no vivía con Leslie, pero dormiría en el apartamento de su hermana hasta que ésta se restableciese, según explicó la joven al investigador.

—Gracias por traerme, Roger —sonrió Nancy.

—No hay de qué —repuso él.

—Hasta mañana —se despidió la muchacha, haciendo ademán de salir del coche.

—Nancy...

Ella se detuvo y le miró.

—¿Qué?

—Me gustaría subir a ver qué tal se encuentra Leslie.

—Se lo agradezco, pero no es aconsejable.

—¿Por qué?

—La gripe es una enfermedad contagiosa, ¿no lo sabía usted?

—Sí, claro que lo sé. Pero...

—No insista, Roger, se lo ruego. Si pillara usted la gripe, Leslie no me lo perdonaría.

—También usted corre el riesgo de pillarla.

—Pero yo estoy obligada a correrlo, porque soy su hermana y debo cuidarla por las noches, que la vecina bastante hace con cuidarla durante el día.

—Nancy...

—¿No le he dicho que no insista?

—No iba a insistir.

—¿Ah, no? ¿Qué iba a decir?

—Que me gustaría darle un beso.

—No es conveniente, teniendo el labio partido.

—No es un obstáculo, ya lo pudo comprobar en mi despacho.

—Sí, pero sucede que a mí no me gusta el sabor de las tiritas.

—Oh, entonces, me la arranco.

—¡No sea loco! —exclamó Nancy, al ver que el investigador hacía ademán de arrancarse la tiritita, y le sujetó el brazo.

Roger le acercó la cara y la besó en los labios.

Nancy no hizo nada por evitarlo.

Tras el beso, sin embargo, la joven gruñó:

—¡Hala!, sin permiso ni nada.

Roger sonrió.

—Hubiera acabado por dármelo, lo sé.

—¡Será vanidoso! —exclamó Nancy, y salió del coche, corriendo hacia la escalera.

Al llegar a ella se detuvo y volvió la cabeza.

Roger, sonriente, se despidió de ella con un gesto.

Nancy le sacó la lengua, en fea mueca.

El investigador puso el coche en movimiento.

Nancy esperó a que se perdiera de vista y luego subió al apartamento de Leslie.

Pulsó el timbre.

Le extrañó que Leslie no acudiera a abrir.

Sí, porque Leslie no tenía la gripe.

Ni ninguna otra enfermedad.

Tampoco era cierto que ella y Leslie fuesen hermanas.

Sólo eran amigas.

Pensando que tal vez Leslie estuviese en el baño, probó a abrir la puerta. Como no estaba cerrada por dentro, se abrió.

Nancy entró en el apartamento.

Las luces estaban encendidas, pero Leslie no se hallaba en el baño.

—¿Leslie? —llamó Nancy, dirigiéndose al dormitorio de su amiga, cuya puerta permanecía entornada.

Empujó la puerta y entró en el dormitorio.

Un grito de terror brotó de su garganta al ver a Leslie tendida en la cama, sin ninguna ropa, las manos atadas a la espalda, los pies a las patas de la cama.

Leslie Howard, una joven morena, de rostro bonito y esbelta figura, quiso gritar también, pero ella no pudo hacerlo.

Una ancha tira adhesiva le cubría la boca.

Instintivamente, Nancy fue hacia ella.

Sólo pudo dar un paso.

De detrás de la puerta surgió un tipo alto y corpulento, con el rostro cubierto por una capucha de lana, y saltó sobre la espalda de la joven, cuya boca cubrió con su enguantada mano, para impedir que gritara.

Con el otro brazo rodeó el pecho de la muchacha,

inmovilizándola.

Nancy pataleó.

Pero dejó de mover las piernas cuando oyó decir al tipo:

—Deja de patalear o te clavo mi cuchillo en el costado.

CAPÍTULO XII

Nancy, que realmente se apellidaba Howard, aunque no la uniese ningún parentesco con Leslie, quedó completa, tente inmóvil entre los férreos brazos del Sádico de Baltimore, cuya voz, no disfrazada por éste ahora, no le resultaba desconocida.

El tipo la empujó hacia una silla y, al llegar a ella, dijo:

—Voy a sentarte en esta silla y luego te ataré a ella. Si intentas resistirte o te da por gritar, te degollaré de un solo tajo.

Nancy continuó como muerta entre los brazos del individuo.

Éste la sentó en la silla y luego, poco a poco, fue retirando su mano de la boca de la muchacha.

Nancy no gritó.

Tampoco se atrevió a hacer ningún movimiento.

El Sádico de Baltimore le había puesto el filo del larguísimo cuchillo en la garganta.

Y Nancy sabía que el tipo no amenazaba en vano.

Con rapidez, el individuo la ató a la silla.

Mientras era atada, Nancy miró a su amiga Leslie.

Leslie también la miraba a ella, impotente y horrorizada.

Su cuerpo desnudo no había sufrido todavía ninguna herida.

Nancy dedujo que había llegado en el preciso instante en que el Sádico de Baltimore iba a empezar a torturar a Leslie.

Pero de poco le iba a servir a su pobre amiga.

Su llegada no había hecho más que retrasar el suplicio y la posterior decapitación, porque ella no podía hacer nada por impedirlo.

¿Y qué pasaría con ella?

¿Seguiría la misma suerte que Leslie?

¿El horror de la tortura y la decapitación?

Nancy pensó que iba a desmayarse de terror, pues notó una extraña sensación de debilidad por todo el cuerpo.

El Sádico de Baltimore ya la había atado a la silla y ahora se disponía a cubrirle la boca con un trozo de cinta adhesiva, para lo cual se situó delante de ella. Por primera vez, Nancy pudo ver al loco asesino.

Aunque era muy poco lo que podía ver, claro.

Sólo sus ojos, grises y fríos, los orificios nasales, y la boca, de gruesos labios.

Fue suficiente, sin embargo, para que Nancy reconociera al tipo que se ocultaba bajo la capucha de lana.

Antes de que él le cubriera la boca, exclamó:

—¡Tú eres Andrew! ¡Andrew Jagger!

Los labios del enmascarado se distendieron en una gélida sonrisa. Tras despojarse de la capucha, repuso:

—Sí, Nancy, soy Andrew... El exnovio de Leslie... El idiota, el imbécil, el estúpido que confió en ella y creyó en su amor... Yo la quería con locura y pensaba que ella me correspondía de igual modo. Pero no... Sólo salía conmigo por pasar el rato. En cuanto conociese a alguien que le gustase más que yo, tenía pensado dejarme. Y eso sucedió al poco de empezar a trabajar para Roger Lewis, el investigador privado. Todavía no me había mandado a paseo a mí, y ya hacia el amor con él.

—¿Leslie...? —Pestañeó Nancy, como muy sorprendida.

—Sí, Leslie. La zorra de Leslie. La ramera de Leslie —masculó Andrew, con intenso odio, volviendo un instante su ahora brillante mirada hacia su exnovia.

—Te equivocas, Andrew.

—¡Tú sabes que lo que digo es verdad, Nancy! —rugió Jagger, muy excitado—. ¡Eres su mejor amiga, ella te debe haber contado que...!

—Que intentó conquistar a Roger Lewis, es cierto. Pero no es menos cierto que no lo logró. Él siempre la trató como un jefe trata a una secretaria.

—¡Muchos jefes hacen el amor con sus jóvenes y guapas secretarias!

—Roger Lewis, con Leslie, no. Jamás. Ésa es la razón de que yo decidiera sustituir unos días en su trabajo a Leslie. Hicimos una apuesta, Andrew.

Jagger entrecerró los ojos.

—¿Una apuesta?

—Sí. Yo le dije a Leslie que, antes de una semana, habría logrado conquistar a Roger Lewis. Ella se rió, porque estaba segura de que no lo conseguiría, pero accedió a que yo la sustituyera. Hoy ha sido el primer día que he ido en su lugar a la oficina de Roger Lewis. ¿Y sabes una cosa? Ha sido suficiente para que yo comprenda que Leslie tenía razón. No lograré conquistar a Roger Lewis ni en una semana ni en diez. El no quiere liarse con sus secretarias. No quiere mezclar el trabajo con el placer.

Andrew Jagger titubeó.

—No te creo, Nancy. Dices eso para salvar tu vida y la de Leslie.

—Todo cuanto he dicho es verdad, Andrew. Leslie jamás te engañó, ni con Roger Lewis ni con nadie. Te dejó porque últimamente discutíais mucho, y tenía miedo de que vuestro matrimonio fuese un fracaso.

—No hubiera sido un fracaso, Nancy. Discutíamos bastante, es cierto... ¿Pero qué pareja no discute, por muy enamorados que estén? Yo la quería mucho, y la hubiera hecho muy feliz, lo sé.

—Aún la quieres, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces, no la mates. Lo vuestro puede arreglarse todavía. Leslie también te quería, y estoy segura de que te sigue queriendo. Pregúntaselo y verás.

Andrew Jagger miró a Leslie Howard.

Ésta movió la cabeza en sentido afirmativo, pues comprendía que era la única posibilidad de salvar su vida y la de Nancy.

Pero la suerte de ambas, desgraciadamente, parecía echada, pues Andrew Jagger volvió a mirar a Nancy Howard y dijo:

—Es tarde para eso, Nancy.

—No lo es, Andrew.

—He torturado y decapitado a dos mujeres: Priscilla Crawford y Clara Desmond.

—Lo sé. Pero no comprendo por qué lo hiciste. ¿Qué te habían hecho a ti esas pobres mujeres?

—A mí, nada. Pero estaban engañando a sus maridos. Y yo necesitaba asesinar dos o tres mujeres antes de vengarme de Leslie. Si hubiera empezado con ella, la policía hubiese sospechado de mí, por haber sido novio de Leslie. De este modo, no me relacionarán

para nada con los crímenes, y podré seguir torturando y decapitando a todas aquellas mujeres que no guardan fidelidad a sus maridos o novios. Y te aseguro que la lista es larga.

Nancy sintió frío.

—Estás loco, Andrew.

—Si lo estoy, Leslie tiene la culpa.

—Ella no te engañó, ya te lo he dicho.

—Pero lo intentó, tú misma lo has admitido. Si Roger Lewis hubiera querido divertirse con Leslie, ella no se lo hubiera impedido, porque deseaba acostarse con él.

—Yo sólo he dicho que intentó conquistarlo, no que deseara hacer el amor con él.

—Una cosa lleva a la otra.

—No necesariamente.

—Ya me cansé de oírte, Nancy —masculló Jagger, y cubrió la boca de la joven con el trozo de cinta adhesiva.

El terror estremeció los cuerpos de Nancy y Leslie.

Todo estaba perdido.

Ya no había forma de detener a Andrew Jagger.

Éste, con las pupilas encendidas, se acercó a Leslie.

Se arrodilló sobre la cama y agarró por el pelo a la muchacha, para impedir que irguiera el torso. Después, levantó el cuchillo y lo acercó al pecho de su tercera víctima, para realizar la primera incisión.

En aquel preciso momento, alguien irrumpió en el dormitorio, revólver en mano.

—¡Quieto, Jagger!

Andrew Jagger respingó al ver a Roger Lewis.

También Nancy y Leslie respingaron, aunque ellas por distinto motivo.

—¡Lewis! —exclamó el Sádico de Baltimore.

—Suelta a Leslie y arroja ese cuchillo, Jagger —ordenó el investigador.

—¡No! —rugió Andrew.

—Hazlo o disparo —amenazó Roger.

—¡No, no te atreverás a apretar el gatillo! ¡Si lo haces, aún tendré tiempo de atravesar el pecho de Leslie con el cuchillo! Y tú no querrás que eso suceda, ¿verdad?

Sobrevino un silencio.

Tenso.

Dramático.

Angustioso.

De pronto, Andrew Jagger ordenó:

—¡Arroja ese revólver, Lewis! ¡A mis pies!

Por el momento, el investigador no obedeció.

Estaba calibrando sus posibilidades.

De disparar sobre Andrew Jagger, tenía que acertarle en la frente. Sólo así podría impedir que hundiese su cuchillo en el desnudo pecho de Leslie.

Aunque no podía estar absolutamente seguro de ello.

Por la posición en que Jagger se encontraba, arrodillado en la cama e inclinado sobre Leslie, podría suceder que éste, aunque fulminado por el disparo, cayese de bruces sobre la muchacha y, con su propio peso, incrustase el cuchillo en el de ella.

Era un riesgo que Roger no quería correr.

—¡Haz lo que te he dicho, Lewis, o acabo con Leslie! —rugió Andrew.

—Tú ganas, Jagger —masculló Roger, y arrojó su arma.

Pero no la dejó al alcance del tipo, sino debajo de la cama, para que éste no pudiera utilizarla contra él.

Andrew Jagger dejó oír su risa de loco.

—¡No pensaba liquidarte con el revólver, Lewis! Carece de tubo silenciador, y el disparo se oiría. Acabaré contigo con esto —enarboló el terrorífico cuchillo y saltó de la cama, yendo hacia el investigador.

Roger abrió los brazos y flexionó ligeramente las rodillas.

Comenzó a moverse, para dificultar el ataque de Jagger.

Éste dio un rugido y saltó sobre él.

Roger también saltó, pero hacia su izquierda, con extraordinaria agilidad, y el destellante acero solo cortó el aire.

Bueno, también cortó otra cosa: el ritmo cardíaco de Nancy y Leslie, quienes por un momento creyeron ver partido en dos al investigador.

Roger no esperó a que Jagger enmendara su fallo, y se lanzó sobre él como un tigre, derribándolo al suelo.

De un poderoso golpe en el antebrazo diestro le obligó a soltar el

cuchillo.

Jagger intentó recuperarlo, pero Roger no le dejó.

Se entabló una lucha feroz en el suelo, en la que valía todo, desde el noble puñetazo al mentón, hasta el doloroso rodillazo entre los muslos.

Los dos hombres eran fuertes y resistentes, y no se vislumbraba un vencedor.

Nancy y Leslie, con el corazón en un puño, rezaban fervorosamente para que el triunfador de la durísima pelea fuese Roger Lewis. Y lo fue.

Algunos minutos después, Andrew Jagger perdía el conocimiento al recibir un potente puñetazo entre los ojos y quedaba inmóvil en el suelo, el rostro ensangrentado.

Roger Lewis, que acusaba también los efectos de la pelea en la cara, y tenía los nudillos de ambos puños dolorosamente despellejados, cogió la bata de Leslie, que descansaba sobre la banqueta del tocador, y la extendió sobre el cuerpo desnudo de la muchacha, a la cual procedió a desatar, tras arrancarle la tira adhesiva que cubría su boca.

Mientras ella se ponía la bata, entre ahogados sollozos, el investigador se acercó a Nancy y la soltó también.

La joven se abrazó a él, llorando de emoción.

—Nancy, por favor, que estoy para pocos apretones —hizo saber Roger—. Me duele todo el cuerpo.

Ella levantó la cabeza y le miró.

—¿Cómo apareció tan oportunamente, Roger...?

El investigador explicó:

—En ningún momento creí que Leslie tuviera la gripe. Y tampoco que usted y ella fuesen hermanas. Me dije que aquí pasaba algo raro, y decidí averiguarlo. Como usted no me dejó subir a ver a la «griposa» Leslie fingí alejarme en mi coche, pero lo estacioné muy cerca de aquí y vine hacia el apartamento. Como la puerta no estaba cerrada por dentro, pude colarme sin necesidad de utilizar la ganzúa. Apenas entrar, escuché voces en esta habitación. La de usted y la del tipo. Me acerqué sigilosamente y... Bueno, me enteré de todo.

Leslie, que se había acercado a ellos, intervino:

—Si lo oíste todo, sabrás que Nancy dijo algunas mentiras...

—Algunas, sí.

—Yo no logré que te enamoraras de mí, pero sí mantuvimos relaciones íntimas en más de una ocasión.

—Cierto.

—Se lo conté a Nancy.

—Esas cosas no se cuentan, Leslie.

—Nancy y yo somos como hermanas, no tenemos secretos.

—Ya veo que no.

—Entonces ocurrió.

—¿El qué?

—Lo de la apuesta.

—Oh, la apuesta...

—Nancy dijo que ella sí sería capaz de enamorarte, y que no necesitaría más de una semana para ello. Yo le dije que no lo lograría, que eras un hueso muy duro de roer. Hacer el amor contigo, sí, pero enamorarte...

Roger miró a Nancy.

—Una chica muy segura de sí misma, no hay duda —dijo, con ironía.

Ella se mordió los labios nerviosamente.

—Roger, yo...

—¿Sí, Nancy?

—No, nada —murmuró la joven, bajando la mirada.

—¿Estás enfadado, Roger? —preguntó Leslie.

—¿Por qué iba a estarlo? —sonrió el investigador.

—¿No me vas a despedir, entonces?

—No digas tonterías, Leslie. Si en el fondo ha sido la mar de divertido... —repuso Roger, mirando de nuevo a Nancy.

Ésta continuó callada.

—Avisaré a la policía —dijo Roger, acercándose al teléfono que descansaba sobre la mesilla de noche.

EPÍLOGO

El teniente Lorimer y sus hombres no tardaron en llegar. Fueron informados de todo por Roger Lewis.

Andrew Jagger, el Sádico de Baltimore, fue esposado y sacado del apartamento sin haber recobrado el conocimiento.

Cuando la policía se hubo marchado, Roger compuso una mueca de sufrimiento y dijo:

—Yo también me voy. Estoy que no me tengo en pie.

—Yo le llevaré —se ofreció Nancy.

—Oh, no es necesario que se moleste.

—Usted no está en condiciones de conducir, Roger, admítalo.

—Ni de conducir, ni de nada, me temo —murmuró él.

—Vamos —indicó Nancy, cogiéndole del brazo.

Se despidieron de Leslie y salieron del apartamento.

Un par de minutos después, Nancy ponía en marcha el «Lancia» del investigador.

No hablaron nada por el camino.

Nancy detuvo el coche frente al apartamento de Roger. Descendieron los dos del auto.

—¿Quiere apoyarse en mí, Roger? —sugirió la joven.

—No lo creo necesario, pero sí interesante —repuso el investigador, y le rodeó los hombros con su brazo.

Subieron al apartamento.

—¿Tiene botiquín? —preguntó Nancy.

—Claro.

—Bien. Desnúdese, métase en la cama, y déjeme el resto a mí.

—¿Con pijama o sin pijama? —preguntó Roger.

—¿Qué?

—Que si tengo que meterme en la cama con pijama o sin pijama.

—El pijama ya se lo pondrá cuando yo haya acabado con usted.

—¿Es qué piensa asesinarme...? —bromeó Roger.

—No diga tonterías. Ande, haga lo que le he dicho.

—Sí, enfermera.

Roger fue a su cuarto, se desnudó completamente, a excepción del pequeño «slip», y se metió en la cama, cubriéndose hasta la cintura con la sábana.

Nancy entraba poco después con el botiquín.

Atendió primeramente la cara del investigador y sus despellejados nudillos. Luego, empezó a friccionar suavemente su pecho, con la misma clase de linimento que él utilizara con ella horas antes.

El la miraba fijamente, con gesto socarrón.

—¿Le hago daño, Roger?

—Todo lo contrario.

—¿Qué quiere decir?

—Que me está poniendo «tierno».

—Mis manos no son tan hábiles como las tuyas, en ese aspecto —repuso ella, sonriendo.

—¿Cómo puede decir eso, una conquistadora tan experta como usted?

Nancy borró la sonrisa de su rostro.

—Tengo que decirle algo, Roger.

—Soy todo oídos.

—Me he enamorado de usted.

—Ya lo sé.

—¿Cómo? —exclamó la joven.

Roger alargó los brazos y la tomó por el talle.

—Soy un veterano, Nancy, y sé cuándo una mujer quiere de veras a un hombre y cuándo finge quererle. Tú intentaste conquistarme para ganar la apuesta que hiciste con Leslie, pero ahora resulta que te he conquistado yo a ti.

—Me está bien empleado —rezongó ella.

—¿Te disgusta haberte enamorado de mí?

—No, siempre que tú también me quieras a mí de verdad, no sólo para divertirme unos días conmigo y luego dejarme por otra.

—Eres la mujer de mi vida, Nancy. ¿Te basta con eso?

—¿Lo dices en serio? —exclamó la joven, los ojos resplandecientes de felicidad.

—Te lo voy a demostrar —repuso Roger, y la tendió junto a él.

—¡Roger!

—¿Sí, cariño? —respondió el investigador, bajándole ya la cremallera del vestido.

—¡Dijiste que no estabas en condiciones de nada!

—El linimento me ha dejado como nuevo —aseguró Roger, tirando del vestido hacia abajo.

—¡Pero si apenas había empezado a aplicártelo!

—¿De veras? —dijo él, tirando el vestido al suelo.

Nancy fue a decir algo, pero ya no pudo seguir hablando.

Roger la estaba besando en los labios con fogosidad y le acariciaba todo el cuerpo ávidamente.

Nancy le dejó hacer, como en el despacho.

Y sólo pedía una cosa: que esta vez no sonara el teléfono.

Qué casualidad.

Eso mismo estaba pidiendo el investigador...

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANJA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.

